Interiores

JESUS GODOY GARCIA

Capítulo 1

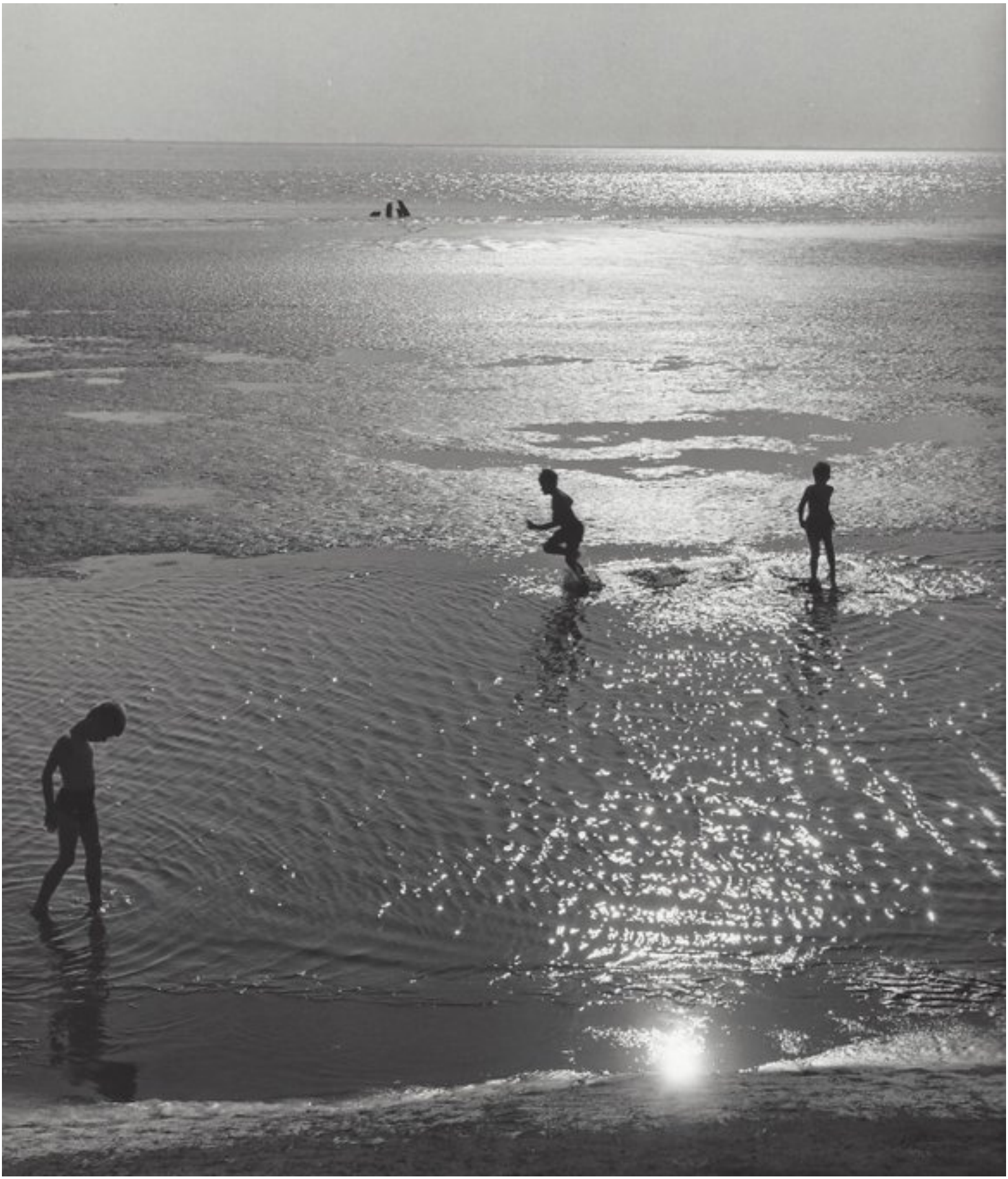
La vida sólo puede ser entendida mirando hacia atrás, pero

tiene que ser vivida hacia delante (Soren Kierkegaard).

CAPÍTULO I. LA ESTANCIA

Llevo varias noches pensando en ella. En su vida ajetreada, las compras antes de la comida, las salidas en la tarde con sus amigas, las noches en las que nos cambiaba a mis hermanas y a mí, poco antes de dormir.

Los días en los que el verano visitábamos la costa y nos bañábamos en la playa, surcando la arena hasta el atardecer. En ese entonces éramos cinco, mi padre, mi madre, mis dos hermanas y por supuesto yo.



Pero aun siendo solo nosotros, la estancia tenía un aire vivo, una casa que despertaba con los primeros rayos del sol y se acostaba hasta tarde, ya

entrada la noche.

La casa por supuesto no es la misma. Pienso en que ha cambiado desde entonces, más sigue siendo la misma desde que se fue mi madre.

Hubo un antes y un después con su partida. Aún recuerdo cuando mi padre y mis hermanas entramos, días después de que ella falleció.

No me acostumbraba a su ausencia, buscaba su rostro en cada habitación, donde suponía que, si abría la puerta, la encontraría sentada al borde de la cama, leyendo algún libro con los lentes puestos.

Los días pasaron en calma aquel verano, sin saber que sería el ultimo que pasaríamos en la casa frente al mar. Después de las vacaciones, ya no volvimos con la misma frecuencia. Ya no sentíamos la emoción como cuando éramos niños, tal vez por haber crecido y asimilado que nuestra infancia había quedado atrás; más yo lo atribuía a otra razón. La razón de volver y evocar aquellos años felices junto a ella. Años que no volverían.

Al ver de nuevo este cielo claro, el azul intenso del mar, coronado de blanco por la espuma de las olas, y sobre todo la libertad en el viento que las mece, es todo lo que imagine como mi Jardín del Edén del mundo externo, paraíso ahora inalcanzable, pero siempre nuestro.

Creo que los recuerdos más lejanos, son los más hermosos.

He vuelto a mi único hogar, el único lugar en el mundo que sigue siendo mío. Después de tantos años, he vuelto.

Y a pesar de lo mucho que me apetece entrar corriendo, tardo como siempre, en hacerlo. Primero abro la puerta principal de la estancia y luego corro las cortinas de las ventanas, de modo que la luz, provenga de todos los puntos cardinales. Entonces puedo ver mejor y me doy cuenta que se ha acumulado polvo en los muebles, el piso está sucio por el agua seca que se ha minado por la rendija de la puerta. Las cortinas, las sabanas y los cubre sillones se sienten desaseados al igual que las paredes. La casa parece deshabitada, como si reclamara que se viviera en ella, ya no solo a través de los recuerdos. Los sillones de la sala, las camas de las recamaras, las mesas del comedor o el piano en el salón, me producen nada mas de verlos, una sensación de nostalgia. La que fue mi habitación, una de las tres recamaras de techo alto que hay en el ala este, aún se mantiene en buen estado. Veo desteñidos recuerdos que cubren sus paredes, posters de ABBA o Pink Floyd, una fotografía de Sharon Tate y un viejo cartel de Grease, reproducciones de algunos VHS y casetes varios. Los libros acomodados en un pequeño estante, cuentan la historia de mi adolescencia, Madame Bovary, Mujercitas o Ana Karenina. Hay también un tablero de ajedrez y otro de damas chinas, un dibujo de mi hermana y postales que alguna vez recibí.

Tardaré mucho tiempo en limpiar este lugar y hacer que luzca como en los viejos tiempos.

Tengo una semana antes que regresen mis hermanas para celebrar, el cumpleaños de mi padre. Así que no tengo otra opción que empezar cuanto antes.

Carmen, mi doméstica, es mi única acompañante en esta misión. Pero limpiar mi casa no es lo mismo que limpiar esta casa, su interior es distinto a lo que se pudiera considerar una casa moderna. La decoración es más bien un escenario de hace décadas y cada objeto, cosa o elemento aquí dentro, tiene una especie de significado para mí, pues es el mundo que mi madre había creado para nosotros, un mundo en el que cada cosa tenía su lugar y en el que nada alteraba su orden.

Estos interiores están cuidadosamente diseñados, tan controlados que uno pensaría que rozan la perfección. El único lugar de la casa que podría no serlo, sería el ático, pero incluso allí, se pueden encontrar reliquias amontonadas, a través de telarañas y la luz natural, ya sea del sol o la luna, entrando por una claraboya, dejando entrever que incluso aquel espacio, es único.

Pienso en mi madre que, si aun viviera, hubiera adaptado este sitio a los nuevos tiempos, volviéndolo más actual, de la forma en la que ella lo ajustaba a tendencias más recientes.

He llegado a considerar el transformar este lugar, tal como a ella le hubiera gustado, pero inmediatamente pienso en que yo no tengo ese

don. Yo no podría al igual que ella, jugar con la simetría de las proporciones, el equilibrio entre un color y un mueble, o los contrastes del entorno. Esa habilidad siempre fue de ella y yo no la heredé.

Por mucho tiempo pensé que éramos muy diferentes y eso me daba cierta envidia, pues yo miraba en ella a una mujer perfecta. Su apariencia o su aspecto, le daban un porte y personalidad que yo no veía en nadie más. Su guardarropa hecho a la medida, con costuras que ella diseñaba, exhibían una variedad de texturas que provocaba estima cuando salía a la calle, así fuera a una fiesta o una ida al supermercado. Esa apreciación yo la veía no solo en la ropa que usaba, si no en la forma que las vestía. Combinando una prenda con un accesorio, unos zapatos con un cinto, o un sombrero con una bolsa. Su cabello bien cuidado, sus uñas pintadas o su maquillaje complementaban su estilo. Nada en ella estaba de más o sentía que sobraba, mi madre también era impecable como la casa.

En días como estos, llenos de emociones, de nostalgia y afectos, recuerdo la emoción de los objetos.

Existe un significado sutil en las cosas, una analogía intangible en la relación que guarda el habitar en estos lugares. Pero son las almas que les dieron vida las que predominan en ellas, su esencia.

¿Cómo se pueden revivir sentimientos del pasado y otorgarle un presente tangible y real? ¿Cómo es que puede existir una emoción sin objeto o fenómeno sin causa aparente?

Cómo es que una puerta, cualquier palabra escrita o el probar un determinado sabor, es algo que puede inspirar un sentimiento. Si un hombre encuentra en ello algo que le provoque alguna emoción, es porque está viendo algo distinto a otros.

Entonces no es en el objeto que radica la emoción, porque el objeto es siempre el mismo, tal cual uno lo ve.

Es como percibimos el objeto y como lo vemos reflejarse en nosotros mismos.

Es el reflejo de mi madre en mí, el que percibo ahora al estar aquí. No puedo explicar exactamente lo que siento. Tan solo sé que por momentos una oscuridad se cierne sobre mi conciencia. De un momento a otro, todos mis pensamientos están concentrados en un extraño sometimiento que me abate. Siento que no puedo hacer nada, pues es inútil tratar de darle sentido a mi presente, intentando descifrar su causa a través del pasado.

Sin embargo, creo también, que explicar el presente desde el pasado, posiblemente también explique el futuro. Solo así podremos descifrar esto que nos pasa, pues no sabemos lo que nos pasa y eso es precisamente lo que nos pasa.

Capítulo 2

CAPÍTULO II. VENTANAS

Es de noche y no me he dado cuenta, pues no he corrido las cortinas de las ventanas. Me voy a la cama despidiéndome de Carmen, después de haber cenado tan solo una taza de té y un pan con mantequilla.

Me es imposible conciliar el sueño, pues todos mis pensamientos divagan en el pasado, arrastrados hasta esta habitación que fue de mi madre.

Doy media vuelta acurrucándome en la almohada, cambiando de posición al otro extremo de ella, donde no hay nadie. Pero por alguna razón imagino que está allí, apoyando su cabeza en la almohada vacía y luce como hace años, como la última vez que la vi, no como luciría ahora si existiera, con la piel llena de arrugas y los cabellos llenos de canas.

Nuestros ojos se encuentran a través del seto imaginario que divide la cama en dos, quiero decirle alguna cosa, imaginando que aún sigue viva y me escucha; y las palabras que yo aun guardo se mecen segundo a segundo a la par que mis silencios, como una barca sobre las olas de un mar agitado. Navego en las nubes de mi invierno, un ansia sin fin, donde solo hay flores secas hacia el fin de la tarde y buscan florecer en su momento perdido. Hacia el fin de la noche descansa la palabra, entonces mi corazón encuentra sosiego en un yermo desierto, buscando su sentido en la aurora crepuscular; más la palabra que yo tenía que decirle se ha ido.

Despierto tratando de indagar si mis sueños fueron reales y alguna vez sucedieron. ¿Qué son los sueños? me pregunto. Todos los sueños son reales, están hechos de puntos de vista, imágenes, recuerdos o memorias, de deseos frustrados y esperanzas perdidas.

Me incorporo de nuevo a los pies de la cama, no siento descanso. Han pasado tan solo unas horas desde que cerré los ojos.

Cuando bajo a la cocina Carmen ya ha preparado el desayuno, pero no se ha atrevido a probar bocado; no sin mí. Me siento en la silla y comemos juntas.

-Tenemos que avanzar más rápido que ayer- le aclaro.

-Yo me encargo de las ventanas y tu del piso- le digo. Intento dividirnos el trabajo.

Termino de comer y me acerco a los vitrales de la sala, los más grandes de toda la casa. No hay ningún lugar de la vivienda que ame más que sus

ventanas, pues guardan el vivo recuerdo del lugar que habitamos.

Miro al exterior y el sol está alto, tan alto como es propio en una mañana de verano. Observo el agua del mar que brilla con el sol incandescente, los helechos de la orilla humean con el calor creciente y las olas golpean en la arena de vez en cuando. Crecí en el mar y siempre me ha parecido un elemento autónomo; quiero decir, un ser eminentemente libre, escurridizo y fluido, que se desliza a través de las ondas, con una

movilidad maravillosa que procede de un milagro interior. La libertad creo, está en la fuerza, desde su ceno buscando vida; esa fuerza parece soñar con la creación de un eje central, que hace del ser uno solo, multiplicando su vigor con cada gota. Se necesita un ser que todo lo fie al movimiento, un ser audaz que luche contracorriente, como cosa subordinada y concentrando la fuerza en sí mismo. La fuerza empero, no está en mí. Por lo tanto, yo no soy como el mar, ni tengo esa libertad de movimiento que lo anima.

Afuera, Carmen, ha empezado a limpiar la piscina. Los vecinos se asoman de vez en cuando a sus ventanas y observan detrás de las cortinas, pensando que no nos damos cuenta.

Ver trabajar a Carmen me tranquiliza. Amontona las hojas que han caído en la superficie de la alberca con una red, colando el agua con una paciencia adormecedora.

Avanza la tarde y las paredes grises toman brillo, pues el sol se alza a la hora crepuscular del atardecer y comienza a refractarse sobre las ventanas.

Pronto estará lista la cena y me inquieta el que llegue de nuevo la noche, pero intento no pensar mucho en ello.

Carmen acomoda la sobremesa de la cena. Constantemente le agradezco sus atenciones, su afectuosa hospitalidad, su deliciosa comida y una vez que termino de cenar, me despido con una cortesía esmerada.

Subo a mi alcoba y observo alrededor, una cómoda, un ropero, una mesa de centro con una lampara encima, un espejo rectangular y por supuesto, la cama.

Cierro la puerta y apoyo un zapato sobre otro para sacar mis pies de ellos.

La ventana del dormitorio está abierta, al acercarme e intentar cerrarla, veo entre los árboles, a través de las hojas, numerosas ventanas en la casa de al lado. La calle carece de alumbrado, al parecer las farolas se han averiado, por lo tanto, la oscuridad es tenebrosa y la luz de los ventanales resaltan más llamativas de lo habitual. Corro las persianas y observo la luz difusa, fragmentada. Diviso por la ranura de la persiana, observando luces que se encienden y se apagan, sombras que entran y salen, apareciendo en el marco de las ventanas y posteriormente desapareciendo otra vez.

Paso al cuarto de baño para orinar, me desvisto y cepillo los dientes. Apago la luz y regreso al dormitorio, pero la ventana me sigue atrayendo.

La noche ha avanzado. A horas fronterizas con la madrugada, el número

de ventanas encendidas es menor.

Comienzo a leer un libro acostada en la cama. Cuando apago la lampara de noche, me acerco de nuevo a la persiana y observo, pero ahora la oscuridad es total, pues ninguna ventana está encendida.

Qué oscura está la noche, me digo a mí misma, preguntándome si acaso habrá luna nueva. Las estrellas se han perdido entre las nubes y un viento frío agita las hojas de los árboles. Me acuesto en la cama e imagino que, como otra noche, me habrá de envolver la oscuridad.

Cierro mis ojos y escucho el sonido de los árboles que se mecen en las sombras. Palidecerá aún más la madrugada y el nuevo día se irá abriendo.

Lluvia del cielo golpea en mi ventana, mojando la madrugada. La penumbra palidece aún más la opacidad de la habitación. Solo la oscuridad sobrevive en esta soledad.

En un rato más va a ser hora de empezar el día otra vez, me digo en mi mente.

El viento ahora es terrible. Un viento huracanado me fustiga y persigue. Como un ser animado y poderoso, haciendo alarde de su fuerza destructiva. En estas inmensas soledades el viento grita. Me amenaza y aviva los temores que me asechan.

Enciendo la luz del baño, pero solo para darle mil rostros a las sombras. Creo que mejor dejaré la luz de la habitación encendida.

Despierto y lo primero que noto es la luz grisácea que ilumina las ventanas a través de las ranuras de la persiana. El sol se traslapa valiéndose del reflejo de las nubes blancas, penetrando en las paredes de la habitación, afirmándome que ya es mañana.

Está también el trasiego de la sangre, que ha de recobrar su rumbo tras el lapso de la noche, interpretando su papel de mensajera de vida.

Estoy triste, pero no como todos los días. Hoy, como cada mañana cuando tanto me cuesta separarme de los seres frágiles y doblegados con los que paso las noches, dejo el mundo anterior; y una sonrisa minúscula se me dibuja en el rostro. Significa que, en algún sitio, alguien alrededor de mí, dejó abierta una ventana.

Capítulo 3

CAPÍTULO III. ÁTICO

Detrás de la escalera está el ático. Dentro he descubierto una sala en desuso, un escritorio abuhardillado, un ropero con candado y una mesa donde se amontonan objetos y figuras que han estado allí mucho tiempo; olvidados, sin ser tocados por manos

Me asombra lo poco que ha cambiado este lugar, en los más de veinte años transcurridos, desde la última vez que alguien estuvo aquí. Me asombra y decepciona por igual, pues, porqué habría de querer algún cambio, si he vuelto para vivir entre los escombros de mi pasado. Se también, que si alguien no ha podido rescatar ninguno de estos objetos, que bien parecerían obsequios, es también porque no les interesan y no ven en ellos más que basura.

El polvo ha desplegado una alfombra aterciopelada que se eleva en la superficie de todos y cada una de las cosas aquí dentro.

Me acerco al tragaluz y contemplo el cielo. Un cielo blanco, detenido entre las ultimas gotas de los remanentes de la lluvia. Recuerdo que de niño visitaba este lugar cuando había tormentas y caían rayos y truenos afuera de la casa. Este lugar siempre fue un refugio para mí.

Cuando vuelvo la vista atrás, me doy cuenta que la mayor parte de mis energías se enfocaron en la búsqueda de cobijo y comodidad. Antes me veía como una especie de barco que se enfrentaba a toda tormenta que se cruzara en mi camino, con miedo, sí, pero con temple. Ahora me veo obligado a reconocer que me engañaba a mí mismo. Cuando pienso en el ático, creo que es una especie de metáfora que aplicaría en mi vida, pues esconderme, guarecerme, protegerme, es lo único que realmente he deseado siempre; resguardarme en un lugar lleno de calor y quedarme allí encogido. Por eso este lugar, como el pasado, supone para mí un refugio.

Empiezo a limpiar intentando no quebrar nada. Cuidadosamente paso un trapo húmedo, por cada fibra de materia empolvada.

Paso el retazo de tela por el ropero y cuando veo de nuevo la franela, está extremadamente sucia, negruzca por el polvo que he limpiado.

¿Cuánto hace que no se abre este ropero?, me digo en mi mente. Y un hambre de curiosidad me invade al tiempo que echo un vistazo a todos los enseres de la habitación; enseres que pudieran ayudarme a abrir el cajón, forzando el picaporte.

MAIL EARLY FOR
POST
POST CARD

Si mal no recuerdo, en este ropero mi madre guardaba sus abrigos, muchos de los cuales nunca se ponía. Pero este no solo era un mueble más en su habitación, sino una casa dentro de una casa. Aquí guardaba mi mamá las fotografías y documentos importantes, las cartas que recibía y protegía con recelo, las rosas que mi papa le regalaba comprimidas entre las páginas de los álbumes. Cuando me escondía dentro de él, mi madre o mis hermanas nunca me encontraban.

Alguna vez me escondí, recuerdo, por el simple hecho de pasar un tiempo a solas. Entonces vi a mi madre entrar a su recamara. Ella no me observaba. Cuando pensé asustarla, casi a punto de salir dando un gran salto, algo me contuvo. Estaba frente al espejo, peinándose, pasando un cepillo alisando sus cabellos. Estaba guapa, muy guapa, pero muy cansada. Tranquila y muda, siguió cepillando su pelo y una vez acabó de hacerlo, dejo el cepillo frente a ella en el tocador. Segundos después lo recogió de nuevo para cepillarse el cabello una vez más, con un movimiento sin pausas, tan solo acariciando su melena. Cuando dejó de nuevo el cepillo frente al tocador, supuse, se levantaría del banco y se marcharía, pero no fue así. Siguió tomando el cepillo de nuevo en sus manos, para llevarlo a su cabellera y continuar en aquella extraña acción que repetía una, otra y otra vez.

Al fin he logrado abrir el ropero Y noto que, en efecto; es igual a como lo recuerdo. Las fotografías, las cartas, certificados, diplomas y libros varios, se hacen hueco en el fondo del armario debajo de algunos sacos empolvados.

Saco del fondo del ropero una pila de libros olvidados. Una novela de Marguerite duras, uno más de Daphne Du Maurier, otro de virginia Woolf y uno más que no se alcanza a leer el nombre, pues la tapa está arrancada.

Hay entre todos estos cuadernos, uno que llama particularmente mi atención. Es una libreta con un oso de Giordano Studios. Recuerdo que

hace décadas había muchos ejemplares con ilustraciones de osos en las casas de mis amigos. Mis compañeros del colegio llevaban estos cuadernos a la escuela.

Cuando lo ojeo observo que la tinta de la pluma, escrita con letra casi cursiva, pertenece a mi madre. De niño batallaba para entender su letra. Ahora después de tanto tiempo, logro reconocer que no es una tarea difícil, incluso hasta he heredado esa forma de escritura cuando redacto.

10 de agosto de 1979, leo en la primera página. Es la fecha del día que mi madre, empezó a escribir en su diario.

Fue en París en una fría noche de octubre cuando por primera vez, tuve conciencia de que la lucha contra el desorden de mi mente, podía tener un desenlace fatal. He leído muchas historias que narran la desoladora melancolía que el ser humano ha venido forcejeando con su espíritu. Pero leer historias no es lo mismo que vivirlas.

Mi malsana tristeza, cada vez más perpetua, esa marea toxica e inenarrable, se ha vuelto un tormento cada vez más frecuente; un malestar supremo que me llena de repudio y auto aborrecimiento.

La voz de la depresión me ha llamado de nuevo. En esta inmensa soledad, un abismo de tinieblas abre paso al llanto en una lluvia de horror. Es la muerte sobre mí, soplando ráfagas de desolación.

Aquella noche en París, me di cuenta que se había desvanecido cualquier sentimiento de esperanza en mí; toda idea del futuro. Mi alma se niega a sentir segura, aun viendo el más bello paisaje que pueda brindarme el mundo. Soy un herido ambulante, que vive atado al dolor a donde quiera que vaya

Camino a tientas elevando el pasado que poco a poco se desmorona.

Doy vuelta a la página y sigo leyendo.

17 de agosto de 1979

Al parecer mi madre tardó una semana en volver a escribir.

La tempestad que una vez estalló en mi interior ha ido cediendo, de modo que ahora ya puedo volver a escribir. Estos últimos días he estado muy ocupada. Gabriel me invitó a correr por la playa, sin embargo, después de unos minutos he estado de nuevo en casa. Le he dicho que ya no rindo lo mismo que cuando era más joven, han pasado los años y ahora me siento más vieja. Por lo menos el ejercicio me devuelve un poco la vitalidad que necesito, para seguir alimentando mi vida y la esperanza de que, en algún momento, la libertad vuelva a abrazarme.

Tengo sueño y las ganas de escribir han desaparecido. Prefiero dormir y que los sueños sean mi gran afición, solo allí puedo encontrar lo que deseo; pero son frágiles al igual que mi existencia, existencia que siente un leve desdén por vivir en la tierra.

Escucho que alguien toca la puerta y cierro el cuaderno precipitadamente, como si no quisiera ser descubierta leyendo el diario.

Cuando abro la puerta me doy cuenta que es Carmen.

-Nada más quería avisarle que ya está la comida, por si tenía hambre- me responde ella.

Cuando veo mi reloj ya son las cuatro, el tiempo ha pasado y no me he dado cuenta.

El día se me fue limpiando el ático y ni siquiera he terminado.

Tomo en mis manos las fotografías, sobreponiéndolas, viéndolas una por una. Recorro distintas etapas a través del tiempo; mi primera comunión, los concursos de poesía, la escuela secundaria o el internado en el convento del Sagrado Corazón. En la familia siempre éramos muchos, los abuelos, las dos tías, mama, papa y sus tres hijas. Nuestro hogar siempre estaba colmado de gente. Noto lo cercanos que éramos.

Pero casi todos desaparecieron, desvanecidos como un recuerdo. Para los que quedamos, nuestras vidas han cambiado y nosotros, las tres hermanas nos hemos dispersado por el mundo en pequeñas islas. Seguimos unidas, pero distantes. Creo que solo en lo cercano alcanzamos a descubrir la lejanía y a través de la vida se descubren las figuras, que guardan las siluetas de los cuerpos que una vez fueron fotografiados.

Quien podría vaticinar que, detrás de esa sonrisa impresa en una simple foto, guardaba una desazón en mi madre. Ese tormento, ese caos, el dolor y la decepción; no se distinguen a simple vista, pues su exterior es mudo

y silencioso, no guarda percepciones.

Ese rostro que veo en esta fotografía, revive la naturaleza de su agonía en la vida, esa naturaleza que a mí me hizo tan feliz, y me ha llevado al borde de mí mismo; debatiéndome muchas veces en la posibilidad entre vivir o morir. Nuestros corazones pueden sufrir hora tras hora, toda una vida, sin que nadie sepa nunca que nos pasa.

Cada una de estas imágenes es un fragmento de nuestra vida, vista a través de los ojos; pero los sentimientos permanecen ocultos.

Creo que al igual que mi madre, todos tenemos un secreto guardado con llave en el ático.

Capítulo 4

CAPÍTULO IV. RECÁMARAS

21 de agosto de 1979

La caja musical que me regalo Gabriel por nuestro aniversario se averió. Ya no se escucha la canción de para Eliza de Beethoven que tanto me gusta. Ojalá pudiera condensar nuestros recuerdos en esa cajita, para entrar y seleccionar nuestros mejores capítulos. Deseo alejarme de su camino con la cabeza en alto y así el ya no tenga que ver dentro de mí, que es igual a caer en un abismo profundo. El miedo me enferma y me avergüenza. Después de comer me ha preguntado cómo me siento, yo le he dicho que bien y una sonrisa se ha dibujado en mis labios, intentando que no perciba mi temor otra vez; pues, aunque mi cabeza sean un laberinto incierto y oscuro, aunque mis pies no sepan que paso dar y mi corazón presienta ansiedad y desahucio, por fuera intento mostrarme como lo apuesto a esos pesares.

Mi madre siempre había intentado enterrar el dolor, pero ese dolor se extendió a través de la tierra, bajo sus pies y se filtró a través de sus venas, envenenado su sangre. Creando miedos inútiles y arrastrando tristezas.

Creo que todos somos seres humanos fragmentados, con cierta predisposición al dolor. Que logremos convivir con esas grietas es la clave para llegar a ser, digámoslo así, razonablemente sanos.

Termino de leer ese párrafo y subo a la alcoba. Empiezo a buscar en los cajones del buró, intentando encontrarme con esa cajita que recuerdo haber visto. La encuentro al abrir una de las gavetas de madera del tocador junto al espejo. Es la misma cajita musical de la que habla mi madre. La descubro y una bailarina de ballet salta emergiendo de su centro, pero en efecto, no suena. Aún permanece averiada.

Son demasiados los objetos acumulados en los cajones de esta habitación. Debería empezar a limpiar cuanto antes las recamaras. Lavar las colchas y las sabanas. Quitar las cortinas y remplazarlas por otras. Hay mucho que hacer, pero por alguna razón no puedo dejar de leer el diario.

30 de agosto de 1979

Subo a la recamara para estar a solas. He acostado a las niñas y les he dado el beso de buenas noches. Pienso en el vasto repertorio de heridas que se han acumulado en mi con la edad, no quiero que mis hijas se conviertan en una de ellas, quiero tenerlas cerca siempre, para ver su sonrisa iluminar mis días. No entiendo esa diversidad de sutilezas que no justifican mi existencia. ¿Acaso es tarde para continuar? Convendría el guardar las penas y ser fiel a mi sufrimiento, pues soy unamujer joven, prematura en la experiencia e inmadura, que ha buscado la manera de crecer y ser diferente. Mi corazón aun es un verdadero amante de la vida.

El atardecer transcurre en la recamara, leyendo el diario junto al balcón abierto, es tan bella la luz a estas horas. Veo como se refleja el color del cielo en la estancia. Cierro los ojos, intentando que no me cegue la luz del sol. Experimento una especie de bienestar. Escucho el ruido del lavavajillas en la cocina y la lavadora centrifugando en el cuarto de baño. También el sonido de las olas golpeando la arena y las gaviotas que vuelven a sus nidos. Es un alivio escuchar los ruidos de un mundo que me es ajeno; tras meses viviendo en un edificio de apartamentos, en medio del bullicio de una gran ciudad.

Ladra un perro en la calle, ladra agresivamente. Creo que es la hora de irme. Dentro de poco vendrá la vecina a encender todas las luces de su casa y prenderá el foco de la recámara que está frente a la alcoba de mi madre. Entonces vendrán de nuevo a mí, esas imágenes forjadas en la soledad, esas horas vívidas en la imaginación; haciéndose horas reales que habrán de cobrar peso, tamaño y crudeza.

-Te he dejado sola- le digo a Carmen quien ya espera sentada junto a la mesa. Debe ser muy duro para ella estar aquí, obligándola a ayudarme a limpiar esta casa llena de recuerdos, pues al tiempo que me pierdo en ellos, olvido que existe y que al igual que yo, también necesita compañía. Sabe que solo serán pocos días, antes de que la casa se llene de inquilinos otra vez. Necesitamos apresurar la marcha.

Cuando entro de nuevo a la habitación, noto que en la alfombra se ha embotado el polvo, no he considerado lavar cada una de las esteras que se acomodan en el piso de todas las recamaras de la casa; pero es necesario ahora que camino sobre una de ellas con los pies desnudos.

Arde el alumbrado de las ventanas, luz incierta como cirio brillando en la oscuridad, bañan las alcobas del lecho donde duermen, entre canciones rotas que suenan lejanas, estridentes notas que se pierden en la nada. En

mi recamara todo enmudece, excepto el eco del acompasado reloj. Aquí la oscuridad es misteriosa, perfumada y tibia.

Me acuesto en la cama junto al diario, ¡qué trágicos recuerdos debe guardar este libro! Cautelosamente lo abro y empiezo a leerlo.

9 de septiembre de 1979

Hoy tuve una epifanía que me recordó la razón de vivir, y es una razón muy pura y sagrada que me ha hecho olvidarme de todo. Esa razón son mis tres hijas, que van creciendo de la misma forma en que yo me hago vieja. Creo que el amor por un hijo nunca decrece y nunca se muere, es el único amor que sigue creciendo y nunca acaba.

Hoy he decidido que ya no quiero ser esta poeta marginal, que se esconde detrás de la puerta de su habitación, para llorar al tiempo que se asoma la noche. Ya no quiero olvidarme de la luz que sirve para ver en medio de mi oscuridad. Ya no quiero ser esa mujer que se le ha olvidado convertir sus pesadillas en utopías reales. Ya no quiero que mi juventud sea un ejemplo de tiempo perdido para la vejez que llega tras de mí. Despojada y desnuda está mi alma el día de hoy, ya no tengo miedo, ni me siento tan sola como ave que ha perdido el rumbo, pues tengo a mis tres hijas conmigo y eso hace que el transitar este camino sea más llevadero.

Termino de leer un nuevo párrafo escrito y siento una ligera luz que se asoma dentro del diario. Mi madre solía decirnos constantemente cuanto nos amaba. Se muy bien lo que sentía ella al oscilar de un estado de ánimo a otro a lo largo de las horas, épocas o un día en particular, pues las altas y bajas de una enfermedad me han acompañado haciéndome vivir en carne propia lo mismo que ella. Pero es el aferrase a alguien lo que motiva a un ser humano a vivir, eso es lo que le da sentido a su vida. En ciertos momentos de la vida hay que creer en alguien.

21 de septiembre de 1979

He pasado días sin escribir. Pues he terminado de leer una habitación propia de Virginia Woolf. Es tarde y no he dejado de pensar en su suicidio. Cuando leo sus libros no hay rastro en ellos que deje en evidencia aquellos deseos. Quiero decir, ella absorbía cualquier sensación que emanaran sus sentidos, y con ella la frescura de las palabras, aporreaba

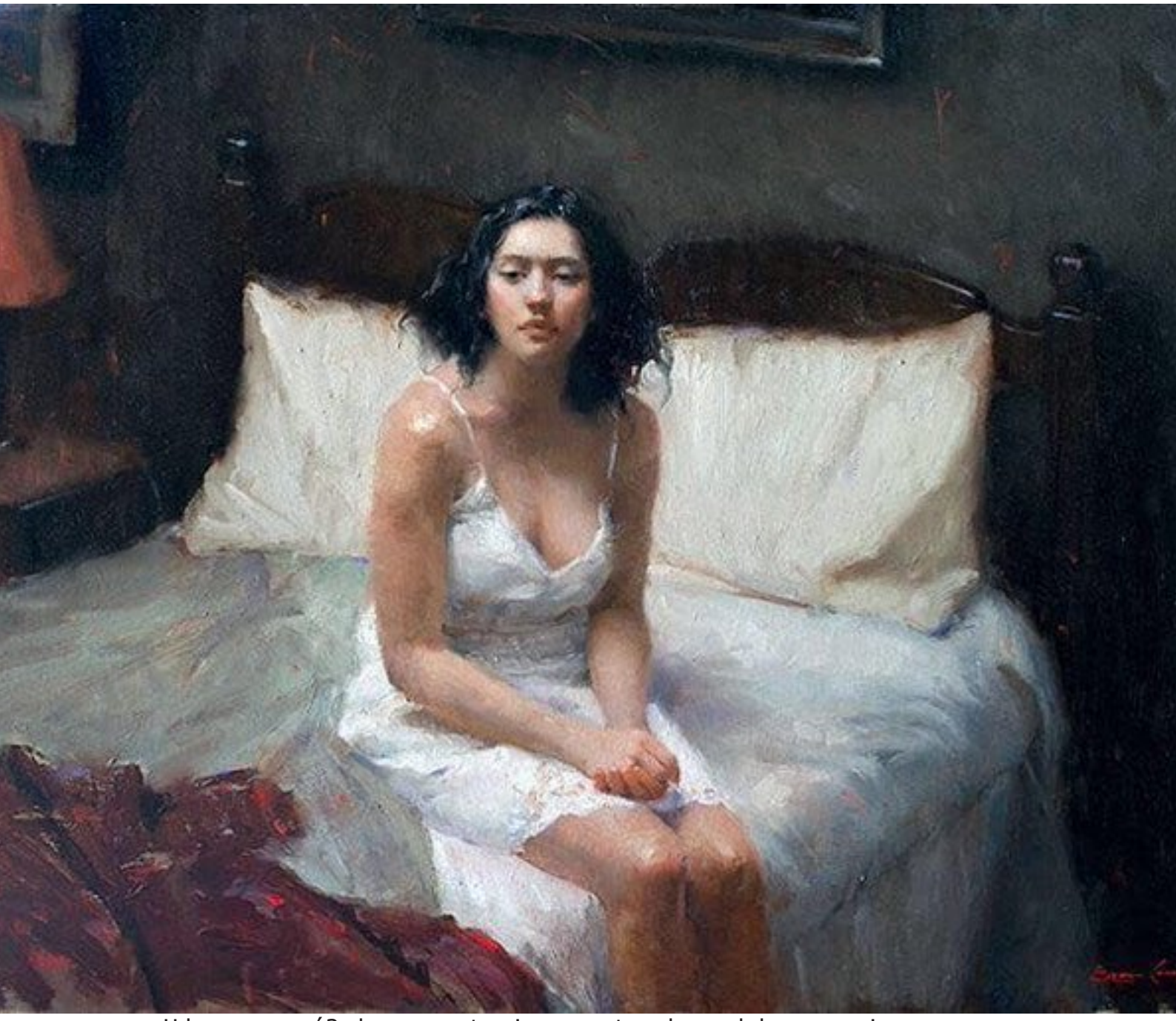
eufórica las letras en su máquina de escribir. Más fue incapaz de lidiar más tiempo con ese monologo interior; que conocía bastante bien. Y antes que volver a sentirlo, prefirió no volver a sentirlo nunca más.

Creo que las heridas que no sangran son las más dolorosas y silenciosas. Las que nadie ve y que la gente lleva en secreto. Esas son las heridas que más cuesta sanar.

Sigo tumbada en la cama, aparto el diario y me acuesto mirando el techo, suspirando. Temo que haya algo de sacrilegio en la melancolía que me embarga el leer este diario, pues la luz de mi madre se enciende en su alcoba que, como una tortura, vuelve a mí

la voluptuosa memoria de sus sentidos, a través de un recuerdo acontecido en esta misma habitación.

Una tarde cuando jugaba con mis hermanas, me escondí debajo de la cama, mi madre entró silenciosa a pequeños pasos mientras yo la veía acercarse por la falda del edredón que cubría la cama. Me quedé quieta sin decir palabra alguna y sentí a mi madre recargarse en un lugar del colchón. En el silencio de la habitación oí llorar a mi madre, por medio de gemidos apagados y llenos de pena, lo cual era terrible para mí, pues era la primera vez que la escuchaba llorar. Ese sonido, arañaba en mi interior algo extremadamente delicado, al tiempo que provocaba algo extremadamente duro. Largo tiempo estuve escuchándola sin saber que hacer, pero luego de unos minutos supe que no podía permanecer mucho tiempo escondida debajo de la cama y entonces salí.



- ¿Lloras mamá? -le pregunte sin encontrar las palabras precisas.

-No hija- me dijo inmediatamente limpiándose las lágrimas, -estaba pensando en un familiar que falleció- me contestó, lo que yo entendí como un pretexto, evadiendo el hacerme saber la verdadera causa de sus lágrimas.

La abrasé con fuerza y pude oler sus cabellos, un aroma que aún recuerdo pues ese era su aroma. Había en toda la casa un silencioso rumor, como si el laborar de las actividades diarias hubiesen desaparecido misteriosamente en ese instante, reservándonos ese momento tan solo

para darnos un abrazo.

-Mamá- le susurre al oído, - ¿sabes? esa persona no ha muerto, solo que está en el cielo- le respondí suavemente. Y entonces la vi sonreír.

Hoy comprendo que sus lágrimas habían sido motivadas por otra razón y aquella sonrisa me parece infinitamente lejana, infinitamente desesperanzada.

Miro alrededor y pienso en aquel instante. Paso mi vista por cada uno de los muebles de la recámara y recuerdo momentos, momentos en cada una de todas las cosas que guardan estas paredes. Yo incluido, me siento como los restos envejecidos de un naufragio de sombras, que la noche ha arrastrado a través de olas de negrura.

Capítulo 5

CAPÍTULO V. CUARTO DE BAÑO

He pasado leyendo el diario toda la mañana. Después de tanto leer me he olvidado de limpiar.

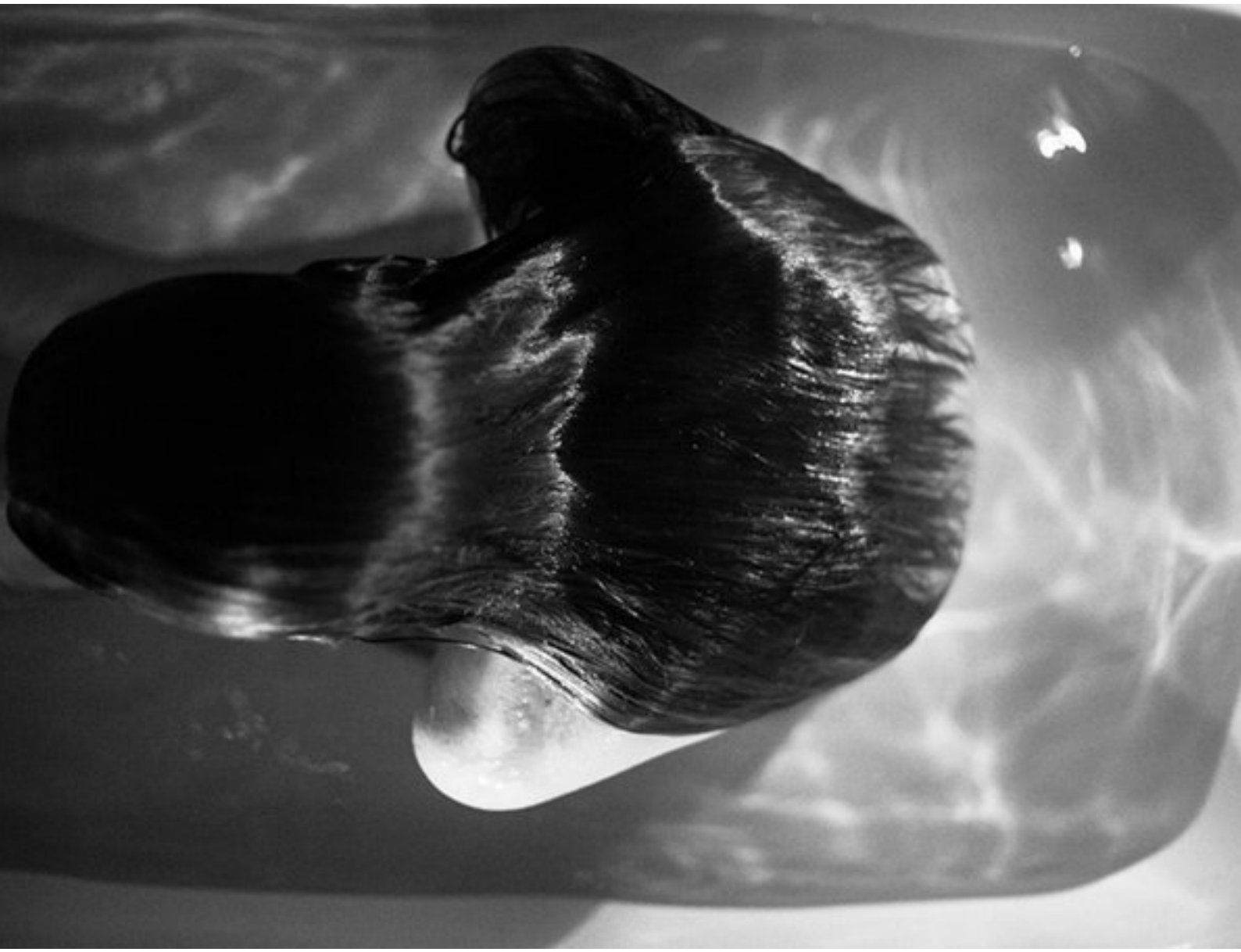
Ninguno de todos esos registros anotados en la bitácora de la vida de mi madre, ha acaparado mi atención más, que esta página.

30 de noviembre de 1979.

He recibido la última carta que me escribió mi hermana antes de morir y la he leído sin parar una y otra vez. Mis ojos se han enrojecido y mis pupilas se han entumecido tanto, que me ha dado vergüenza y me he ido al cuarto de baño a llorar. Me metí descalza en la ducha, aun con ropa abrí la llave de la regadera y esperé que la bañera se llenara de agua. Fui al tocador, cogí el perfume que Gabriel me regaló en mi cumpleaños y lo pasé por mi cuerpo desnudo. Me metí en la bañera y me acosté en el agua boca arriba, con la mirada clavada en las instantáneas de mis hijas enmarcadas en la pared. De pronto me hundí en la bañera y consideré la posibilidad de ahogarme. Entonces imaginé la cara de mis hijas, que segundos antes había observado en la repisa sobre el estante junto al tocador. -Incluso si decides continuar, todo estará bien-. Me dije a mi misma.

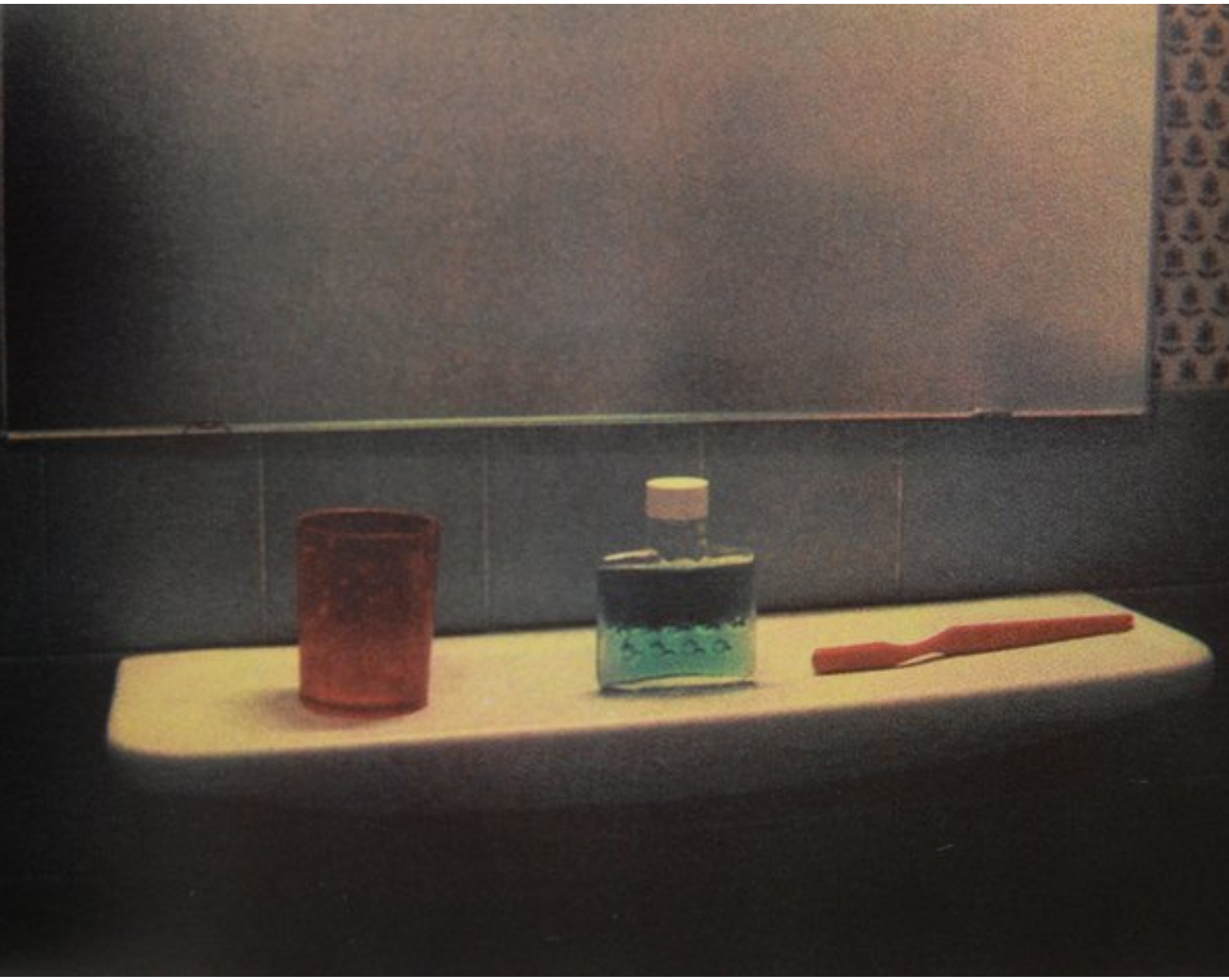
Cuando estuve a punto de tragar agua, poco antes de acabarme el oxígeno aguantando toda la respiración, salí de nuevo. Una vez con la cabeza afuera comencé a llorar, pero me di cuenta que no expelía lágrimas.

Siento que me ahogo con lágrimas que nunca de derramado. Si un día amaneciera muerta, solo quiero hacer saber que preferí vivir entre sueños, antes que morir despierta.



Después de leer aquellas palabras, me he conturbado demasiado. Las leo y las repaso, deseando que fuesen letras que mi madre no hubiese escrito nunca. Pero es su puño y letra, y son sus sentimientos los que han salido a flote por medio de este diario, que para mí es una epifanía escrita.

Cuando voy de nuevo al cuarto de baño, me doy cuenta que todo sigue allí. El tocador, el estante y la ventanilla. La foto de nosotras y su perfume, al igual que la bañera.



Me meto dentro en la bañera vacía, y me quedo sentada sujetando mis piernas. Reviviendo lo que sentía mi madre cuando vivía esa escena. Creo que al igual que estar en la bañera, la depresión es un sentimiento que te va hundiendo poco a poco hasta que ya no puedes más, y esa sensación lentamente te va ahogando, en medio de un mar de lágrimas que es imposible derramar.

LUNSTRÖM

Todo pudo haber terminado abruptamente con esa escena, con la muerte de mi madre en la bañera. Pero sé que no fue así, y cuando recapitulo nuevas fechas en su diario, me doy cuenta que ella pudo sentirse mejor.

14 de diciembre de 1979

Se acerca navidad y tengo que estar bien, por mi familia. Navidad pues, es el más notable de todos los buenos días del año, pero también es muy frio. El invierno es cada vez más penetrante y la niebla espesa comienza a descender en la costa. El día ha estado muy sombrío y palpable, pero contrasta con las luces navideñas del árbol.

Hoy he salido a caminar y de repente me detuve frente a un parque.

Vi un árbol hermoso, tan frondoso y verde, asomando esferas que colgaban de sus ramas iluminadas por lucecitas de colores. Me metí a una cafetería y mientras bebía mi café, escribía en una servilleta un poema; dejando que la inspiración aflorara como la belleza que me provocaba ver el árbol.

Tengo ganas de escribir un poema que me lleve más allá del orbe,

quiero escribirlo ahora, porque el tiempo se desvanece rápido.

Quiero escribir un poema, evitando que tu corazón sufra,

aliviando el dolor o sanando una herida,

como un juramento que justifique el amor que siento por ti.

Quiero escribir un poema que dé sosiego a tu alma,

donde no haya pesadillas que perturben tus sueños.

Quiero escribir un poema, y trascender más allá de la vida,

para que me recuerdes al leer,

sabiendo que, pase lo que pase,

nunca me alejare de ti.

Busca mi rostro cada navidad debajo del árbol, y recuerda que sigo a tu lado.

Termino de leer el párrafo y una lagrima brota de mis ojos. Pues pareciera que mi madre lo ha escrito especialmente para mí.

Dicen que no hay medicina que no cure lo que no cura la felicidad, al final no es la vida que vivimos, sino como la recordamos y en efecto, recuerdo que fuimos inmensamente felices.

Capítulo 6

CAPÍTULO VI. PUERTAS

En esta casa no dura nada limpio. El polvo se cuela por debajo de las puertas a través de la ranura entre el piso y la madera. El polvo de hoy no es el mismo de ayer, por instantes se impacienta y vuela haciendo el efecto Tyndall, cuando en una habitación oscura se cruza con la luz del sol.

Todo es temporal en este cuarto, como el polvo que no dura. Todo aquí es pasajero oscilando entre la gloria y la miseria, la dicha y la desdicha.

Hoy nos hemos levantado más temprano de lo habitual. Carmen y yo iremos a hacer las compras, para preparar la comida que habrán de probar los invitados en el banquete. Llevo una lista de compras, pues hemos planeado con antelación lo que ha de prepararse, una lista interminable de platillos para solo doce comensales.

Esperamos el autobús frente a la parada de camiones, uno que nos lleve a la ciudad, que queda a media hora de camino. Esperaremos volver antes de las cinco.

He traído conmigo el diario de mi madre para leerlo durante el trayecto.

14 de enero de 1980

Hoy tuve una fuerte impresión de mí, cuando frente a Giorgio Bartocci de la avenida Rosales, intentaba cruzar la calle. Miré los rostros de los pasajeros que abordaban un autobús parado frente a mí, esperando que las luces en rojo del semáforo cambiaran. Me entretenía viendo los edificios que habían mudado los decorados navideños de sus fachadas cuando de repente me percaté, que todos o al menos la mayoría de los pasajeros que iban dentro del autobús me observaban. Me seguían con la mirada antes de retomar el rumbo por la avenida principal. En ese momento me reflejé en la puerta cristalina del autobús que estaba parado frente a mí, esperando detectar algo extraño en mi físico. No me sentía desalineada o fea, pero me sentí juzgada por una extraña razón que desconozco. No pensé que aquellos pensamientos tuvieran cuerpo y que fuera de ellos, existiera algo que los convirtiera en reales. Me pregunté que vería si me observara desde fuera, como una realidad del cuerpo que contemplo, ¿acaso vería lo que creo que veo?

Creo que todo en la vida de mi madre era muy fácil, demasiado fácil, y sin embargo, había momentos en que todo era difícil para ella. Difícil amar o hacérnoslo saber. Difícil mirarnos a los ojos, sabiendo lo que su corazón callaba. Difícil transitar o navegar por un mundo en el que luchaba día y noche por que fuera distinto. Así ella asumía la vida, su tránsito y su tiempo.

Termino de leer el diario y lo guardo en la bolsa de mano. Hemos llegado a la parada de autobuses en menos del tiempo que había predispuesto.

Carmen camina junto a mí y avanzamos por la acera que divide los camellones de la avenida Rosales, la misma avenida donde mi madre acostumbraba a realizar sus compras.

Cuando voy caminando imagino aquella escena que leía en su diario. Marchamos sumergidos entre la muchedumbre de gente y voy pensando que ella había perdido una gran parte de sí misma, al caminar por esta ciudad. Habitar una ciudad es un naufragar que requiere tomar un descanso, para poner el pie en tierra firme y evitar ser empujado por el peso de la masa que lo arrastra; la misma masa a la que se aferra la ciudad para seguir transitando.

Nunca me he habituado al asfalto, al ruido de la ciudad, a este ritmo de vida que llevo ahora. Con el aditamento de las labores y el estrés a alto voltaje, sobreviene la abulia. Las horas fluyen por medio de la rutina. Muchas personas no vivimos realmente pues carecemos de tiempo, somos como cadáveres errantes colmando las ciudades hasta rebozar. Aparecemos como la lluvia entre las luces de la metrópoli, adictos a los placeres. Damos vueltas en torno a los espacios exteriores. No me siento atraído por la ciudad, preferiría vivir inmersa en la costa.

PUB
BAR

Carmen y yo entramos a la tienda en Puerto Madero, dirijo la mirada a una pantalla de televisión de la entrada, donde se aglutina una inmensa multitud. Vamos contemplando los anaqueles, esperando divisar algunos de los productos anotados en la lista de compras.

Curiosamente el supermercado está vacío y lleno el carrito rápidamente, judías verdes, albaricoques, charcutería, vinos, caramelos, tabaco, salsa de tomate y pastas, vinagre, semillas de calabazas y especias.

Algunas de las cajeras alineadas detrás de sus cajas escuchan el radio; parafrasean canciones sin emitir sonido alguno.

Cuando salimos del supermercado, con gran número de paquetes que difícilmente podemos sostener con las manos, comienza a llover violentamente.

Una lluvia vivificante y menuda, pero impertinente. Apretamos el paso al tiempo que doblamos la esquina. Entramos a café punta del cielo. Nos sentamos a descansar en una de las mesitas de la terraza, al tiempo que observamos el escaparate de bocadillos en venta. Carmen pide un café y yo un té verde. Examino el menú. Me apetece pedir un baguette americano con papas al vapor.

Mientras comemos esperando que emane la lluvia, observo los aparadores de las tiendas que ya promocionan los atuendos de invierno. La calle luce desierta mientras llueve. De pronto surge ante mis ojos la imagen irreconocible de un pasado demasiado remoto. Aun esta la tienda de ropa Giorgio Bartocci, pero le han cambiado el nombre, haciéndose llamar ahora, simplemente Bartocci.

Esperamos en el café de la esquina a que la lluvia amaine. Van y vienen rojos autobuses, acharolados taxis que están ocupados ahora por presurosos besos, rápidos adioses, cabezas pidiendo auxilio.

La lluvia tenaz parpadea en el cambiante neón de las farolas que están encendidas, pero aún no es de noche. Almas solitarias corren en el asfalto húmedo en medio de un bullicio oscuro.

-Es momento de irnos- le digo a Carmen y le hago señas al conductor de un taxi vacío aparcado al otro extremo de la calle. Este vuelve enseguida

hasta nosotras y me ayuda a guardar las bolsas en la cajuela trasera.

La calle ha dejado de zumbar, solo se escucha en el interior del taxi silencioso, la voz monótona de un locutor de radio que va diciendo las ultimas noticias del día. El desecho de la prisa se ha acumulado en los asientos traseros, pero puedo tolerar esa inmundicia, pues solo deseo volver pronto a casa. El conductor se pone de nuevo al volante, y señala los números marcados en el taxímetro.

-A Puerto Esperanza- le digo y veo por el retrovisor su cara asombrado, al parecer es algo insólito para él.

-Le pagaré lo que marque el taxímetro- le respondo, antes de que pueda decir algo más.

Sin decir palabra alguna arranca por su carril. Ha terminado aceptando mi propuesta, supongo que días como estos, son difíciles para un taxista, pues pocas personas requieren sus servicios. Al menos transportarnos más de 30 kilómetros a Puerto Esperanza es mejor para él, que invertir ese tiempo estacionado frente a las puertas de Bartocci.

Saco de nuevo el diario de mi bolsa y lo abro del listón que sirve de separador de páginas.

26 de febrero de 1980

La tristeza se ha convertido en un vicio.

Ha llegado la hora de dejar de escribir cartas vacías y elegir un camino, pues es imposible transitar en dos al mismo tiempo. He encontrado la nube que, con el vuelo de las aves, suele escoger el rumbo de los hombres que caminan sin ideologías claras, concebidas por la propia existencia. Mucho tiempo viví por ellos, pero hoy he

decidido morir por ellos. Hoy deseo volar en esa nube con las alas asignadas por el cielo, para escoger el rumbo de los mortales silenciosos que se cuestionan la vida. Es cierto que no retornaré, leeré o escribiré de nuevo.

La tinta de la pluma ha cambiado, pasando de negra a azul justo a la mitad del párrafo, por lo tanto, me cuestiono si habrá escrito aquel texto ese mismo día.

Gabriel me ha dicho que debo enfrentarme a los problemas, pero yo le he dicho que este no es un problema este es el fin y esta tarde cuando se ha ido con las niñas a la ciudad, puse cinta adhesiva a todas las puertas, evitando que el aire salga o entre de la casa. He abierto las perillas de la estufa, dejando escapar el gas a propósito. Me he perfumado de nuevo, poco antes de acostarme en la cama. He decidido cerrar las puertas, pues sé que no conducen a ninguna parte.

Cierro el diario y dejo escapar un suspiro. Trato de recordar aquel día, pues pocos eran los días que salíamos juntos sin mi madre, más no recuerdo nada extraño las veces que volvimos a casa hacia el final de la tarde.

1 de marzo de 1980

Anoche tuve un sueño terrible. Parece que la muerte ha llegado hasta allí también. Es horrible como una pesadilla puede hacer que despiertes con las emociones totalmente desestabilizadas, con una sensación de falta de aire en el pecho y con los ojos a punto de estallar en lágrimas. Haría cualquier cosa para no pasar por este

dolor, hundida en lágrimas me odio por todo lo que hago, me odio por no saber controlarme o no saber que hacer. Quiero que se acabe esta pesadilla llamada vida, a gritos pido ayuda, pero mi cuerpo es silencio. Solo deseo que, al cerrar los ojos en un sueño profundo, pueda despertar y que todo sea diferente, que todo sea paz y tranquilidad, poder sentir aquello que algunos llaman felicidad. Esta mañana cuando desperté en el hospital, después de estar varios días inconsciente, me ha recibido Gabriel, preguntándome porque lo he hecho. Pero no he sabido que contestarle, tan solo he llorado en sus brazos.

Estoy arrepentida, le he dicho. Y es la verdad. Así he vivido toda mi vida, arrepentida. Sabiendo que jamás me he equivocado en nada, salvo en las cosas que yo más he amado.

Dejo de leer esa línea y miro por la ventanilla a lo lejos, aturdida aun por las palabras que voy reflexionando. Ahora no tengo dudas. Mi madre intentó suicidarse algunas veces y nosotras nunca nos enteramos de ello.

La razón produce monstruos y cuando se mira largo tiempo al abismo de la razón, el abismo te observa a ti.

Tengo tantas preguntas en mi mente, deseo saberlas y encontrar un porque a ese silencio desgarrador. Después de veinte años mi padre nunca nos lo ha hecho saber, supongo que piensa que ese secreto, habrá de quedarse encerrado en un cuarto a puerta cerrada, esperando que se extinga con el oxígeno que queda dentro de él.

Capítulo 7

CAPÍTULO VII. COCINA.

Pasamos por la callecita de Cali, donde está ubicada nuestra residencia. Se ha vuelto más lujosa desde aquel entonces. Detrás de las cercas veo que las casas están pintadas de colores resplandecientes, azules, amarillas, naranjas. Las puertas lucen elegantes aldabas, las ventanas son de hierro forjado. El súbito recrudecimiento del pasado me marea, aunque no implique cosas desagradables para mí.

Despedimos el taxi en la banqueta, frente a la casa y corremos apresuradas. Ingresamos pronto a la casa para evitar mojarnos.

Entramos Carmen y yo con abundantes cargamentos y vamos hasta la cocina. Apenas y podemos caminar con la copiosa carga. Carmen reposa las bolsas encima de la mesa y valiéndose de sus manos acude en mi auxilio. Sin jadear me quita las bolsas de las manos y las pone junto a las demás. Conforme sacamos los productos de las bolsas vamos recitando el contenido de la lista, indicando el precio que hemos pagado por ellos. Es indudable que Carmen, que acostumbra a hacer el super, está más apropiada de un espíritu casero, tocada por el impulso de las correrías callejeras entre tienda y tienda. Ahora continuamos con el embarazoso almacenamiento de las mercancías. La mayoría de las compras van al frigorífico que está en medio de la estancia y antes de que pueda poner cosas dentro, saco una lata de coca cola y la sirvo en un vaso. Aun se acumulan en el lavabo los trastes sucios del desayuno.

Nos vamos a nuestras camas sin cenar. No tenemos hambre y estamos cansadas por la excursión del día.

Cuando subo a la recámara saco el diario y lo leo acostada en la cama.

30 de abril de 1980

Hoy fue mi primera clase de cocina, la que me he pagado por el simple hecho de distraerme. Si alguna vez volvemos a la ciudad, quiero una casa modesta con una cocina que tenga lo indispensable, sin deshacerme de Luisa la cocinera, le ayudaría con los platillos; sobre todo en días como hoy en los que he cocinado y no he hecho un platillo especial, sino simplemente pollo al limón con arroz. Raras son las veces que cocino, por eso tengo la sensación de que mis dotes culinarios, mejoran con las lecciones. Por supuesto tampoco puedo compararme como cuando iniciamos nuestra vida de casados y aun no sabía hacer nada. La comida ha estado rica, pero ninguno de nosotros ha tenido apetito. Rebeca y Raquel apenas lo probaron, esperaban el momento apropiado para anuncia algo que nosotros, fingimos desconocer, pues Rebeca ha hablado a espaldas de Raquel y Raquel a espaldas de Rebeca. Ambas van a presentar la obra Casa de muñecas de Henrik Ibsen, con motivo del día de la madre. Me emociona que ambas hagan lo que aman, pues eso significa

que van tras sus sueños.

Aún recuerdo la emoción que sentía cuando intentábamos montar esa obra, una emoción que con los días se disipó al saber que no podríamos presentarla, pues el joven que interpretaba el papel de Torvaldo, se había quebrado el pie jugando futbol.

10 de mayo de 1980

Sin lugar a dudas no nací para ser cocinera. He preparado un pavo al horno, que ha terminado ahumado, así que he improvisado una ensalada cesar, la cual me ha quedado muy rica. Después de cenar me la he pasado leyendo el periódico y me he enterado de la muerte de la escritora María Luisa Bombal, de la que he leído varias de sus obras; más no muestra más detalles o las causas de su muerte, tan solo unas líneas dedicadas en su obituario citándola,

"ha sido una muerte noble, acorde con su vida, sobre todo física, esforzada y lastimosa"

Me pregunto de que habrá muerto, como para decir que es fiel a una vida el fallecer así. De otra forma, habría que especificar la relación que guardan los modos de vida de las personas, con las causas de su muerte. Qué clase de muerte me tocaría a mi entonces, no tengo ni la menor idea, pero creo que no moriría cocinando.

Ayer terminé de leer hasta altas horas de la noche. Lo único que rescato de todas esas historias es que mi madre ha logrado sentirse mejor y yo solo puedo sentirme feliz por ella. Percibo que su mente puede atormentarla, pero cuando la coloca al servicio de su corazón, tiene un gran aliado.

Voy a la cocina después de vestirme. Carmen ya ha avanzado con parte del menú, lo pruebo y sé que no hay pero que justifique el sabor, de los alimentos que prepara, ella no admite la ligera desviación de un condimento o la supresión de un simple ingrediente. Carmen siempre ha sido muy estricta con la cocina, yo la dejo ser.

Desde muy temprano aflora en la estancia un suave olor a especias y canela. La barra que separa la cocina del comedor, está ahora repleta de diferentes sartenes, ollas y platos vacíos, listos para ser usados.

No, no puedo hacer nada para ayudarla, casi todo está listo. Me alegra que se haya propuesto avanzar desde muy temprano, pienso que yo tardaría tres días para preparar todo eso. Cuando termina la ensalada, saca un pollo del horno y mete un pastel de zanahoria. Estoy convencida que al igual que mi madre, no he heredado el gusto por la cocina, pero

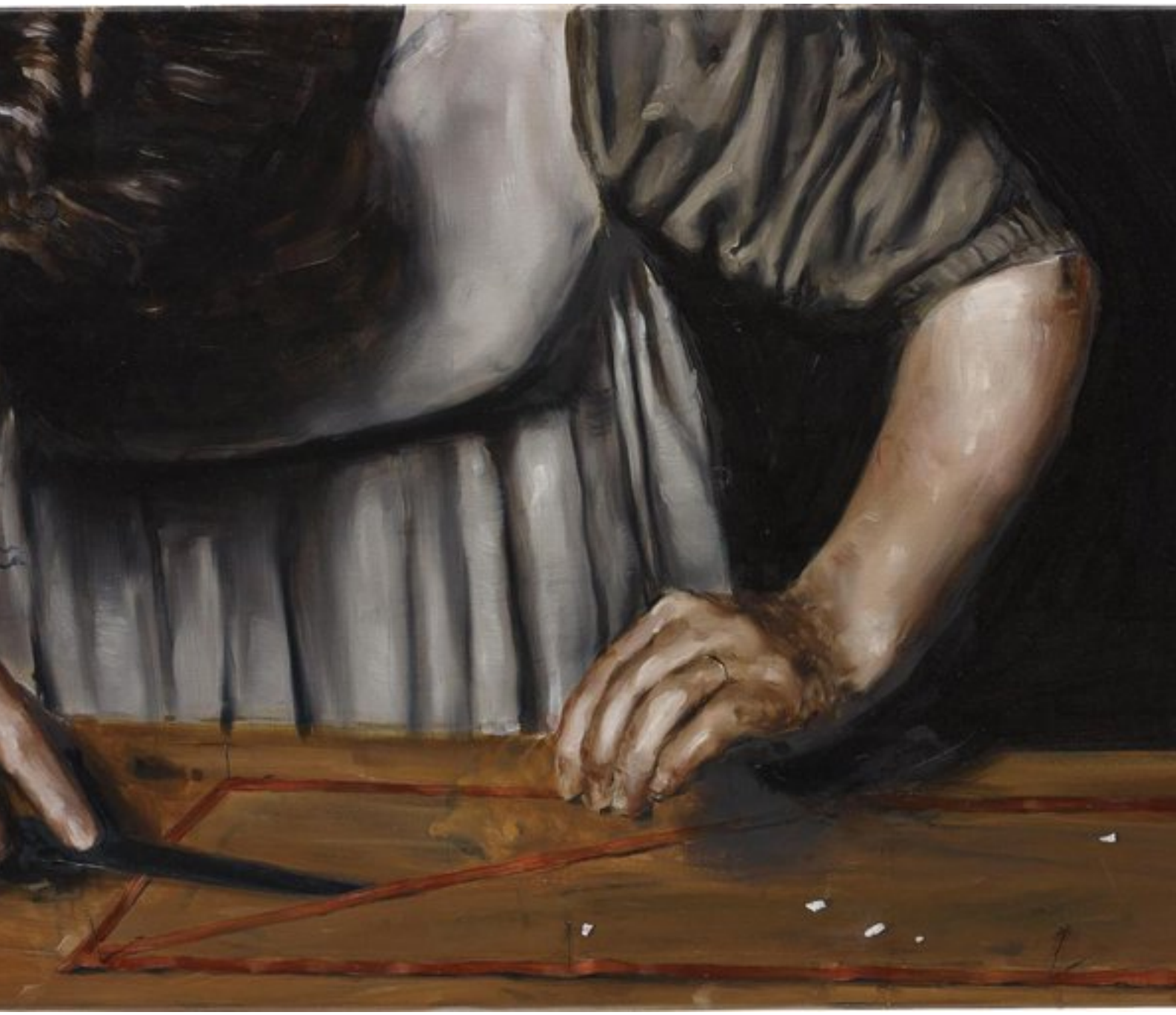
espero que me sirva de distracción al igual que a ella.

Carmen corta el exceso de pan que sobresale de un molde, para de esa forma decorarlo mejor. Voy hasta la alacena pasando despacio cerca de ella, me ha parecido oler un perfume de manzana, un rumor de levadura en la bolsa del delantal que trae puesto y el sabor del azúcar glas desparramado uniformemente sobre la mesa.

-Eso debe saber muy bueno- le digo a Carmen al tiempo que tomo una servilleta de los estantes.

- ¿Quiere probarlo?- me pregunta ella.

Y noto como han quedado restos de migajas de pan, alrededor de la charola de metal.



Voy hasta ella y antes de pasar un trapo para limpiar los restos de masa, harina y azúcar, tomo un pedazo de pastel en mis manos, lo llevo lentamente a mi boca al tiempo que los saboreo.

Un impulso me viene de la niñez y la infancia, me lleva por toda una vida. Un sabor que se manifiesta a través de un recuerdo y ni siquiera puedo describirlo. Como una pequeña hoja movida por el viento, me arrastra a aquellos días en esta misma mesa. Apenas puedo distinguir el reflejo del torbellino de sabores, que se aglutinan en un pedazo de materia; que se va volviendo intangible al tiempo que pasa por mi boca. Y llega hasta mi conciencia este recuerdo tan nítido.

Mi madre nunca fue buena cocinera, pero el pastel de zanahoria era una receta especial, que preparaba con mucha devoción. Dicha preparación la

había heredado de mi abuela y mi abuela de su madre. Cuando ella lo preparaba sin ser un día particularmente festivo, lo comíamos con mucho apetito, y pedíamos otro bocado que ella lo servía complacida, sabiendo que de esa manera éramos condescendientes con su esmerada ambrosía.

Y de pronto el recuerdo surge por medio de ese bocado y me transporta a la tierra, a los campos, a las riveras húmedas o las laderas rocosas. Los vegetales sembrados en los valles, apretados en medio de surcos calientes de sudores. Los truenos, los vendavales y las esteras de nieve. La corteza de los sauces, un estanque de agua. El viento que arquea las palmas, un riachuelo que se curvea, avanzando y retrocediendo al compás de la corriente. Un caminar tranquilo en primavera, un cielo abierto bajo las estrellas. La marea alta, unánime presencia de oleaje que cubre todo, azul imperio en el ocaso, deslumbramiento de alas de gaviotas que se abren a mitad del sol. Los senderos que recorrimos junto a la montaña, asaltando el tiempo hacia el fin de la tarde. Este es el campo que adore en mi infancia envuelto en un recuerdo, por medio de un trozo de pan, que enlaza el futuro tangible, a un pasado cada vez más difuso.

Pero con ese pedazo de pan, se va también la idea de la apariencia física que lo preparó alguna vez y su remembranza me recuerda la orfandad de mis noches, las velas encendidas a los muertos. Los llantos y lamentos, las primicias y oraciones. La soledad y el abandono, la pobreza en el desierto del alma. Parcela de sombras enraizadas a la nada. Mar de ascuas y montañas de cenizas. Cuartos y calles abandonadas, un transitar a tientas.

¿La vida cuando fue de verdad nuestra? me pregunto. Pienso que muchas personas nunca llegamos a connocer nuestro verdadero destino, si no que somos atropellados en el camino por él.

Capítulo 8

CAPÍTULO VIII. VESTÍBULO

Voy del vestíbulo a la cocina y de la cocina al vestíbulo, afinado los detalles antes de que den las cinco y comiencen a llegar los huéspedes. Conozco este ir y venir, en donde uno olvida lo que intenta hacer antes de comenzar a hacerlo. El sol del mediodía se ha asentado por completo en el suelo de la entrada, justo en la puerta del vestíbulo. En la residencia reina un silencio en donde no se puede estar, deseo que se caiga un plato de la mesa o un cuadro de la pared.

Me paro en la puerta como si llegara por primera vez. Intento ponerme en los zapatos de mi padre y mis hermanas, que no han vuelto a este lugar en mucho tiempo. Espero que les parezca de lo más familiar, como la última vez que entraban por esta puerta.

Es una recepción pequeña, me digo a mí misma, todo luce muy abarrotado. La angosta escalera que baja a través de dos descansillos y se detiene a unos cuantos metros de la puerta principal; paso el cual se accede a la sala de estar, en el que penetra por fin la luz del día derramada a través de unos grandes ventanales. A la derecha de la escalera está un salón que utilizábamos los días festivos, con dos farolitos en cada uno de los extremos del marco de la puerta. A la izquierda de la puerta hay un espejo instalado en la pared, justo enfrente del recibidor de madera donde yace un jarrón de flores. A la derecha en cambio, están los cuadros de unas pinturas que hacen juego con el color de la pared, como por ejemplo una pintura de Francisco Toledo, un águila disecada sobre un tronco y unas figuras de kintsugi.

Desde niña sentí fascinación por aquel pajar gigantesco y desgarbado del águila, cuya imagen me generaba una especie de tirria cuando lo vi por primera vez. El cuadro ahora tan costoso del entonces joven Toledo, un dibujante decimónico aún desconocido, también provocaba en mi ese extraño sentimiento de rareza. Y por supuesto no eran las figuras kintsugi lo que terminaba de generar, esa especie de impropies en mí, sino el pretexto que guardaba tras de sí; el hecho de que algo se tuviera que quebrar para luego reparar en pequeñas fracturas.

Ahora comprendo todo, la armonía, singularidad y belleza que mi madre le daba al espacio, al otorgarle un lugar a cada objeto. Hacía que la casa luciera más costosa, sofisticada y refinada. Comprendo tal vez, que no hay belleza que no guarde anomalías en sus proporciones.

Respecto al arte kintsugi, que plantea que las roturas y reparaciones de un objeto forman parte de su historia, por lo tanto, deben mostrase y no esconderse, considero que es una de las más bellas metáforas con las que relacionamos la vida, pues la cicatriz es una que nos atañe a todos.

Con pasos vacilantes me dirijo al jardín. Al verlo he vuelto anhelar con fervor las flores de antaño que aquí prosperaron. Desde que llegué, lo he

visitado como tres veces, pero es el único lugar de la casa que tiene un aire distinto, como si no guardara la esencia del souvenir. Sobra decir que todas las flores que plantó mamá, en el patio frontal, murieron cuando se fue, pues ella era la única que las regaba y les dedicaba cuidados.

Corto flores para ponerlas en los jarrones del recibidor. Al menos las flores silvestres como las buganvilias, son mejor opción el que dejar esos floreros huecos.

Voy y vengo con pasos que se arrastran y avanzan como zancos a toda prisa. Cierro por última vez la puerta y observo a mi alrededor. Me aseguro que toda luzca impecable.

Tiro los zapatos junto a la escalera y me pongo las sandalias. Pasa del mediodía y no falta mucho para que mis hermanas comiencen a entrar por el vestíbulo.

Necesito vestirme ahora, me digo a mí misma y subo corriendo las escaleras hasta la recamara.

Cuando llego hasta la alcoba y compruebo la hora marcada en el despertador del buró, junto a la cama, me doy cuenta que he calculado

mal el tiempo, pues me he comido una hora del día. Son las tres y no las cuatro como yo pensaba.

Pero ya no hay más que hacer, salvo poner la mesa.

Me siento en la silla frente al tocador y enciendo la lampara para ver mejor. Tomo el diario del que me acuerdo no he leído en todo el día y lo abro en la página cual me he quedado anteriormente.

2 de junio de 1980

José María, el cartero, ha muerto. La noticia ronda la costa de bahía en bahía, de valle en valle, de pueblo en pueblo y de casa en casa. De oído a oído se ha corrido la voz de su muerte y han llegado hasta mis las penas que embargan a su familia en estos momentos. Para José el mar ha muerto y con él, la salida del sol se ha extinguido; los viñedos han perecido también. Para nosotros una parte de Puerto Esperanza también ha muerto, pues todos nosotros somos en realidad una parte de el. Las cartas se han quedado sin destino esta mañana, que por momentos es el único medio de comunicación a larga distancia al que nos aferramos. Sin embargo, cada fragmento de información, se propaga a través de la costa como las llamas de un fuego abrazador, fluyendo a través de colinas y crestas, hasta alcanzar la más remota de las casas en el menor tiempo posible. Verdad es, que no hay excepción de personas cuando de eso se trata, pues no he dejado de pensar en lo joven que era y en toda la vida que tenía por delante. Espero pronto hacer llegar mis condolencias a su familia, particularmente a su madre. Ya han encendido las velas mientras la noche cae al interior de su casa, donde se han reunido sus parientes. En tan solo unas horas lo han traído de San Quintín y lo han llevado a la funeraria de la ciudad en San Pedro. Falleció esta mañana, pero al mediodía ya se sabía en toda la región. Ya no hay cartero, pero botellas invisibles surcan el aire cuando de dar un mensaje se trata.

He olvidado algo de lo que significaba vivir aquí, quiero decir en Puerto Esperanza, en la bahía, en la costa. Las personas que solíamos conocer, muchas de las cuales hoy no están. La mayoría ha muerto.

Es curioso que todos los años, pasemos por la que será la fecha de nuestra muerte y vivamos esa fecha como un día cualquiera. Todos los días sin la menor preparación, damos el paso hacia la tarde de la vida.

Es cierto que, solo en la muerte uno se sale del curso del tiempo. La tierra detiene su rotación y las banalidades del mundo en las que malgastamos la vida se disipan. Cuando alguien muere el tiempo se parte en dos y nos deja mostrar la grieta de lo verdadero. Ningún sentimiento se siente tan autentico como al bordear esas horas fronterizas. Es atravesar la barrera de lo ignoto a la realidad.

Capítulo 9

CAPÍTULO IX. COMEDOR

Después de bañarme bajo de nuevo a la cocina.

Voy al comedor y traigo conmigo servilletas, platos, copas, tenedores y cucharas, todo lo necesario para poner la mesa. Carmen está sola en la cocina, le digo que se dé un baño y se vista antes de servir.

-Yo me encargare de lo que falte- le replico y ella a pasos apresurados se dirige hasta el cuarto de baño.

Escucho que se estaciona un carro en la calle, dejo las servilletas medio desplegadas sobre la mesa y escapo con prisa del comedor. Vaticino por medio de una inquietud curiosa sobre quién podrá ser el primero en llegar.

Cuando paso por el recibidor inconscientemente volteo al espejo y me reflejo unos segundos antes de abrir la puerta; busco imperfecciones en mi atuendo que pueda corregir, antes de que me cojan por sorpresa.

- ¡Corazón! - le digo a mi hija lanzándome a su cuello para abrazarla.

-Te extrañé - me dice tímidamente. Supongo que ha sido así; la he abandonado toda esta semana, no he entendido de donde me han salido esas agallas.

- ¿Te portaste bien? - le pregunto y veo como mi esposo Labán, entra con una maleta en una mano y las bolsas del super en la otra.

-Es vino tinto- me contesta extendiendo las bolsas.

- ¿Encontraste de la marca que te encargué? - le pregunto a Labán al tiempo que saco una botella de la bolsa y la examino de cerca.

-No son estas- le contesto molesta, le había especificado el nombre de la marca y el lugar donde habría de comprarlas.

-Pero saben igual- me responde pasible.

Creo que el vino o la comida es lo que menos importa. Lo único que deseo es pasar un rato agradable con mi familia, después de no verlos en mucho tiempo. Veo a Ana Carmina lanzándose en las escaleras, al parecer le atrae el jugar en los escalones; esa ha sido una de las razones por la que

he decidido vivir, en una casa con una sola planta.

No he terminado de volver al comedor cuando suena de nuevo el timbre.

-Encárgate de la mesa- le digo a Labán y le extiendo una servilleta blanca. Noto una cara de fastidio en su rostro.

Abro de nuevo la puerta e inmediatamente veo a Rita, la menor de las hermanas y también la más bella.

-Que encanto- me dice efusiva al tiempo que me da un abrazo.

- ¿Decoraste tu sola? - me pregunta Rita observando al derredor. Noto como sonríe y le brillan los ojos.

-Sí- le contesto tartamudeando, -quiero decir, Carmen y yo- le respondo, al ver lo cambiada que está, cuya hermosura, gracia y modestia me parecen de lo más extraordinarias.

- Pero si solo he limpiado la casa, la decoración es la misma- le aclaro, ¿acaso no te acuerdas? - le pregunto; pero luce despistada, perdida en la estancia, tal vez recordando viejas anécdotas.

-Él es Patrick- me responde, al parecer se ha olvidado presentarme a ese chico, quien está parado a sus espaldas sin decir palabra alguna.

-Mucho gusto- me responde con un acento perdido, al instante noto que no habla o habla muy poco español.

-Pasen- les digo a ambos y cierro la puerta tras de mí.

- ¿Son novios? - le pregunto en voz baja al oído a Rita, una vez que Patrick se nos ha adelantado y camina frente a nosotras.

-Tenemos dos meses- afirma ella y no puedo evitar dejar escapar una ligera expresión de sorpresa, pues cada vez que nos hemos reunido, Rita, cuyo nombre artístico es Frances, trae un novio distinto al que nos había presentado la última vez.

Cuando entramos de nuevo al comedor, noto que Labán ha comenzado una conversación fluida en ingles con Patrick, sentados lado a lado en una silla. La mesa aún no está puesta, Carmen tardará en bajar y Labán ni siquiera se ha molestado en hacerlo.

-Te ayudo- me responde Rita y me quita la mitad de las servilletas de las manos.

Recuerdo aun cuando en las ocasiones especiales, como navidad o año nuevo, todos poníamos la mesa; los cinco, mi madre, mi padre, mis dos hermanas y yo. Después mi madre murió, Raquel se casó y Rita se mudó. Hoy solo quedamos cuatro de aquellos cinco. Tal vez en un futuro cada uno de nosotros seremos un lugar vacío en esta mesa, pero esas ausencias se compensarán con nuevas presencias y la permanencia de nosotros seguirá, mientras uno siga vivo.

- ¿Como te la has pasado aquí? - me pregunta Rita.

-Bien- le respondo mientras voy cruzando sillas para acomodar los utensilios en esos lugares.

-Es muy tranquilo- le respondo.

-Sí, por estar frente al mar, aunque en california hay muchas playas- finaliza ella.

-Pero no mejores que esta- le replico.

La puerta vuelve a sonar, alguien llama, pues no hay timbre que pueda servir de alarma.

Mientras camino hacia la entrada me voy debatiendo el quien podría ser, mi hermana o mi padre.

- ¡Raquel! - le digo efusiva a mi hermana cuando abro la puerta y me doy cuenta que entra con Melchor, su esposo. Ella pues es la mayor de las tres, yo soy la segunda en la línea del árbol genealógico y la menor es Rita.

-El clima es precioso- me dice al tiempo que me abraza.

- Debe ser por el verano - dice sarcásticamente su marido, mi cuñado. Había olvidado lo pedante que puede ser cuando se comporta inmaduro, lo conozco y no me sorprende para nada su actitud.

-Debió llevarte horas limpiar todo esto- dice Raquel asombrada.

-Días- le refuto inmediatamente, pues vaya que nos ha costado levantar de nuevo la residencia.

Vuelvo de nuevo a la cocina y noto que Rita entrevista a la pequeña Ana Carmina, mi única hija. Es afortunada al ser también la única nieta, pues es la consentida de la familia.

-Ves el mar si asomas la cabeza fuera de los arcos- oigo que Labán le dice a Patrick en inglés, quienes siguen sentados hablando en ese idioma.

Mis hermanas excitadas, caminan de aquí para allá, explorándolo todo. Lo que más les ha impresionado, es el hecho de guardar la misma esencia que aquellos días en que vivíamos aquí; respetando la ubicación que tenían los muebles y objetos acomodados de la misma manera. Se pasean por las escaleras, suben y bajan, entran y salen de las habitaciones, abriendo y cerrando cajones, como si se tratara de una casa de muñecas con todos esos artilugios, que bien parecen de juguete.

Me es imposible calibrar, bajo qué ángulo se ve esta morada, para cada uno de los ojos que la rodean y sobre todo donde se halla uno exactamente, pues semejante perspectiva oscila de un pensamiento a otro y no es factible mi punto de vista, de el de Rita o Raquel.

Ahora estamos todos sentados uno al lado del otro alrededor de la mesa, esperando a mi padre antes de proceder con los primeros platillos. Es la primera vez que estamos las tres juntas en más de un año y la primera vez en casi veinte, que estamos reunidas aquí mismo. Por lo tanto, estamos todos fuera de casa, y no tenemos horarios u obligaciones, no podemos preguntar a qué hora podemos bajar a cenar, en qué lugar de la mesa sentarnos o si podemos repetir postre. Ahora somos adultos y esta vida nos ha proporcionado una libertad, a la que no estábamos acostumbradas al estar anteriormente aquí. Sin embargo, hemos creado nuestras propias rutinas, implementado nuevas costumbres y nuevos hábitos que han sustituido a los de antes.

De muchas cosas nos hemos apoderado y de otras nos hemos soltado, reglas o normas que hemos conservado y otras que hemos perdido.

Hay un orden natural en la mesa y creo que se debe a la educación que nos dieron nuestros padres. Todas esas cosas concretas, son las que necesita un lugar. Las superficies y aristas que uno puede repartir según la carga y diferenciar sin esfuerzo. En estos espacios aún hay cabida para la felicidad.

Sería mejor que los recuerdos estuvieran en nuestra cabeza, para tocarlos de vez en cuando; en vez de los sentimientos, porque a ellos, donde se les toque duele.

Hay unos pasos acercándose por el vestíbulo y de repente todos en la mesa estamos azorados y mudos, una combinación muy rara. Todos volteamos al mismo tiempo mientras los pasos se acercan. Una sonrisa se dibuja en nuestros rostros al imaginarnos que, en instantes, mi padre habrá de aparecer frente a las escaleras.

-Buenas tardes, al fin- deja exclamar él, una vez logra mostrase a nosotros. Con su traje azul marino y sus zapatos lustrados, luce pulcro, desenvuelto y muy seguro de sí mismo.

Pero nos percatamos que no viene solo, sino acompañado de una extraña mujer. Una dama de su edad camina tras él y se dirigen juntos hasta nosotros.

Un ligero gesto de sorpresa y obstinación aparece de repente en nuestras caras. Nuestras sonrisas se desdibujan, pero mantenemos curveados los

labios en una expresión de falso esmero.

Raquel le saluda con un frío apretón de manos al tiempo que mueve la cabeza. Después se dirige al salón haciendo evidente su desagrado, más parecido a un berrinche.

Yo los saludo cortésmente y tomo el abrigo de Mafalda, la novia de mi padre y lo pongo en un perchero, en la esquina del comedor. Melchor hace un sitio para ella al lado suyo.

Rita por su parte sonríe, se peina la frente y se acomoda el cabello detrás de las orejas; al parecer le agrada su presencia, tal vez por ser actriz le sale ese gesto tan natural.

Mi padre en cambio, se queda plantado muy rígido espaldas a la silla.

Ahora la luz en el comedor es más tenue. Hay buganvilias lilas en los jarrones del gabinete. Velas brillan encendidas junto a una repisa con el cuadro de mi madre. El comedor es cada vez más oscuro. Algunas velas de los candelabros sobre la mesa, se han apagado.

Carmen lleva y trae las ollas con comida de la cocina; para servir en cada uno de los platos acomodados en la mesa. Pareciera que de repente se nos ha ido el apetito.

Mientras comemos hablamos banalidades, con los ojos medio cerrados y las mirándose rozándose apenas.

La habitación parece asfixiarse bajo una lluvia negra y sintética, descargada por nubes pardas y grises. La luz que entra por el lado de la sala es opaca, depresiva y apagada, mientras que una luz suave, afectuosa y clara entra por la cocina. En el comedor domina una mesa de suaves relieves, que ofrece un amplio muestrario de todos los guisos preparados, pasando de la entrada al plato fuerte y del plato fuerte al postre; ondulando de aquí para allá, en una extensión de alimentos que parecen extenderse indefinidamente, hasta donde alcanza la vista, sin límites perceptibles.

Capítulo 10

CAPÍTULO X. SALÓN

Termino de comer y voy al salón.

Entro y veo que Raquel está sentada en una de las periqueras del minibar. Le da sorbos a una botella de whisky, que se va sirviendo en un vasito de cristal. Ha corrido las cortinas de la ventana y mira por una de ellas desde la silla donde se encuentra.

Empiezo a cerrar las cortinas antes de que los huéspedes, pasen del comedor al salón.

-Está muy oscuro aquí dentro- me responde Raquel- es muy deprimente este lugar- prosigue diciendo.

Pero no le respondo, me ocupo de encender todas las velas perfumadas. Carmen ha traído un carrito con bocados, algunos canapés y tapas. Las

coloco en la mesa de cristal que está en el centro de la salita lounge, para que cada uno pueda servirse y acomodarse donde le venga en gana.

-Comprueba la temperatura del horno- le digo, pues aún hay unas galletas que no se han terminado de cocinar.

Enciendo el tocadiscos acomodado en una esquina y lo pongo a un volumen muy bajo. Por último, prendo los focos de las lamparitas, repartidas con gusto alrededor del salón entre ventana y ventana.

Este es el único lugar de la casa, que me da la sensación de hallar en un espacio artificial y ficticio. La iluminación, la combinación de materiales y los colores de la sala, contrasta con las paredes. Este salón me parece sacado de la página de una revista, en la que fácilmente se podría publicitar nuestro hogar, fotografiando tan solo este sitio. Hasta donde me alcanza la memoria, esta habitación se ha mantenido aún más intacta que las otras, por ser un espacio poco frecuentado, motivo solo de reuniones extraordinarias.

En cuanto hay gente en mi campo de visión, la decoración se difumina y desaparece. Me sirvo una copa de vino blanco, mientras van pasando todos del comedor al salón y se acomodan en un lugar alrededor de la salita lounge; algunos se apostan en brazos de sillones y bordes de muebles. Rita está sentada en las piernas de Raquel en el silloncito individual.

A diferencia de hace rato, hay un bullicio que va in crescendo conforme rompemos el hielo.

Hablamos de distintas cosas, diversas anécdotas.

A mi padre le encantan los chistes, suele utilizarlos bajo anécdotas que consideramos reales, pero cuando termina de contarnos, no sabemos distinguir lo que fue real de lo que se ha inventado. Se distrae contándonos un amplio abanico de trivialidades, que algunos de los otros suelen despreciar, pero también puede dar su opinión sobre temas importantes, como de política, historia o ciencias sociales, que son un terreno

fértil para Melchor, el esposo de Raquel, quien toda su vida ha trabajado en el servicio público.

- ¿Cuál es tu espectro político? - le responde mi padre a Melchor.

- ¿A qué se refiere señor? - le pregunta amablemente a mi padre.

- Quiero decir, ¿cuál es tu postura política? -

-No tengo señor. Pero creo en el progreso, la libertad e igualdad de individuos y el respeto a las minorías-

-Ya, lo interrumpe mi padre- riendo ligeramente un poco.

-Mi padre siempre ha pensado que Melchor es comunista- responde Raquel y todos en el salón empezamos a reír.

- ¿No es evidente? - le contesta mi padre igualmente riendo, pero noto en Melchor un semblante de incomodidad. Sé que esos terrenos no deben manejarse a la hora de intentar convivir.

-Hoy en día todos los jóvenes deberían estudiar chino y no solo inglés- responde Melchor imperioso y se hace un silencio de nuevo.

-No debemos depender tanto de Estados unidos, buscar otros horizontes, se espera que en pocos años la economía china supere a la americana-

finaliza.

-Te daría la razón, si no fuera porque los gringos también dependen de México, se llama libre comercio- le replica mi padre y sé que ambos han cruzado terrenos delicados, pues conocemos las ideologías contrapuestas entrambos, esa fue una de las razones por las que tal vez a mi padre nunca le terminó de convencer que Melchor, fuera el esposo de su hija favorita.

- ¿Quieren dejar de hablar de los gringos? - interrumpe Rita, -Patrick puede entenderlos- responde y todos reímos de nuevo.

- ¿Qué piensa usted Patrick, de México? - le pregunta mi padre, y este se acongoja en su asiento. Al parecer es muy tímido.

-Que es muy bonito- responde sin más, tal vez sean unas de las pocas palabras que se sabe en español.

-Yo preferiría aprender latín- recalca Labán, mi esposo, que está al otro extremo de mí, con una copa de whisky en la mano.

-Pero eso es una lengua muerta- responde Mafalda, quien ha tenido muy pocas intervenciones.

-No es necesario saber latín para leer a Homero- replica Mafalda.

-Pero Homero era griego- le refuta Labán.

-Sí, por eso, los griegos están pasados de moda. Hace unos años fui a Grecia con mi ex esposo, visitamos unos monumentos muy bonitos, llenos de magnificencia, pero solo eran columnas, unas tras otras. Cuando vez uno de esos templos, sientes que ya no es necesario verlos todos, pues todos son iguales. -finaliza Mafalda. Puedo detectar en Labán un gesto de desaprobación y hasta desagrado, que le digan eso a él, que toda su vida se la ha pasado estudiando historia, debe parecerle un insulto.

-Pero ella es muy respetuosa con la religión- recalca mi padre, defendiendo a su esposa.

-Amo Italia, sus iglesias, sus estatuas, todo es muy bello- le responde Mafalda.

-Pues para mí las iglesias son como para usted los monumentos, todas son idénticas- finaliza Labán.

Estas no son a las únicas divergencias que existen entre nosotros, opiniones contrapuestas entre todos, particularmente entre Mafalda y mi padre, quienes no hacen evidente esa bifurcación de convicciones respecto

a un tema, sino que conforme habla Mafalda, nosotros caemos en cuenta que no es muy compatible a mi padre.

Ella respeta a la religión, abrazaba la fe, cree en los curas y los valores cristianos. Mi padre en cambio siempre se ha negado a aceptar las verdades eternas, es un rebelde y racionalista que busca una explicación científica para todo. Mi padre adora a los genios de las artes, como Goethe, Da Vinci, Amadeus Mozart o los líderes, como Napoleón o Marco polo, Mafalda apenas tiene nociones vagas sobre quien son esos personajes, pues en su propia experiencia, nunca terminó la secundaria por haberse casado muy joven.

- ¿Y cómo te has sentido del corazón? - le pregunto a mi padre en medio de la charla.

-Bien, lo que se ve no se pregunta- responde el.

-Eso me consta- dice Mafalda, -a su edad es un hombre muy vigoroso- contesta como un cumplido.

-Necesitas checarte regularmente eso- le digo preocupada, pues la mayoría de sus antepasados han experimentado problemas de presión arterial, muchos de los cuales han fallecido por las mismas razones.

-Si, si, si- dice excusándose, pues no le gusta hablar sobre esos temas. Siente el mismo respeto por la medicina que la desconfianza que le inspiran los doctores.

Afirma que nunca ha estado enfermo y que nunca en su vida ha pasado por las manos de un médico.

-Uno necesita obligar a su cuerpo a sanarse por sí solo, para eso tenemos sistema inmunológico- responde excusándose.

- ¿Pero te alimentas mejor, comes bien? - le pregunta Raquel.

-No te voy a mentir, como de todo. La mayoría de los días comemos fuera, en algún restaurante o salimos a bailar-. Le contesta mi padre.

-Eso es verdad- prosigue Mafalda - además soy de la idea que no deberías de privarte ciertos placeres en la vida, pues la vida es muy corta- finaliza.

-Esperen, dijeron bailar- interrumpió Labán. - ¿usted baila? - le pregunta a mi padre extrañado. Ni él ni ninguna de nosotras, lo hemos visto bailar antes, no puedo ni imaginármelo siquiera.

-Por supuesto- dice Mafalda respondiendo por él.

-Ay mujer- responde mi padre una vez Mafalda le extiende la mano, intentando que se pare y baile junto a ella.

-Yo lo enseñé- contesta, y camina junto a mi padre al fondo del salón. Sube el volumen del tocadiscos y esperan a que la canción finalice y continúe otra más rítmica.

-Adoro esta canción- dice al tiempo que escucha las notas principales de Dancing Queen de Abba, al parecer en esta casa solo hay discos de décadas atrasadas, anteriores a 1980, por lo tanto, es difícil encontrar canciones bailables.

Mafalda y mi padre comienzan a bailar y nosotros no contenemos la risa, en medio de la algarabía, por medio de carcajadas que se hacen eco, al igual que la música entre las paredes del salón.

- ¿Segura que lo enseñaste a bailar? - pregunta Labán desde la sala.

Termina la pista y Mafalda va hasta el gramófono y busca un nuevo álbum, selecciona Gold de los Bee Gees y una vez lo pone, comienzan a bailar abrazados I started a joke, en el que una vez suena, logramos entonar aquellos años que han quedado atrás.

Nosotros seguimos bebiendo vino y copas de whisky on the rocks, contantemente vamos y venimos al minibar en el que cada quien se sirve lo que desea.

Una vez termina la pista, mi padre se dirige a Raquel que está de pie frente a la ventana, mirando la luna, le parece ajeno lo que estaba pasando al interior de la habitación o más bien no quiere ser testigo de ello. La toma en sus brazos y al compás de How can you mend a broken heart baila con ella en el salón. Mi padre comienza a entonar fragmentos

de la canción:

Y ¿cómo se puede reparar un corazón roto?,

¿cómo se puede detener la lluvia de caer?,

¿cómo puedes dejar que el sol brille?,

¿lo que hace girar al mundo?,

¿cómo puedes reparar a este hombre roto?,

¿cómo puede un perdedor jamás ganar?,

por favor, ayúdame a reparar mi corazón y déjame vivir de nuevo.

El canta con una voz de tenor que no sabíamos que tenía. ¿Qué más ignoro de él? me pregunto. Miro su rostro con el alta frente enmarcada por la cabellera oscura, veo que, a pesar de su edad, no le ha salido una sola cana y sigue tan tupido su cabello como en los días de su juventud. Miro a Raquel que baila junto a él, sus ojos lucen brillantes con la luz de las lámparas.

Imagino por un momento que podemos olvidar nuestro pasado, esa anécdota minúscula en nuestras vidas, esa historia que empezó aquí mismo en el número dieciocho de la Calle Violetas. Guardo este instante en mi mente para siempre.

Capítulo 11

CAPÍTULO XI. PAREDES

Había oído el viento del océano llamarme el día que partí, anunciándome que había llegado la hora. Esas horas fugaces habían quedado atrás y emprendimos de nuevo el rumbo.

Una vez en casa, me desperté sabiendo lo que debía hacer.

Cuando me hallé en este hogar frio, tenebroso, sin muebles o alfombras, con una decoración minimalista, abrí la alargada y angosta puerta del ático y saqué utensilios, herramientas y equipo que me ayudaran a transformar estos espacios.

Limpiar la casa de mi madre me había inspirado a transformar la mía y hacer un cambio radical en sus interiores.

Lo primero que hice fue pintar las paredes de amarillo. No sé por qué, pero es muy propio para mí el atribuir la esperanza al color amarillo, como el sol que rara vez entra a estas habitaciones o las margaritas, que crecieron como rosas silvestres en el jardín de la casa de mi madre. A diferencia de su casa, aquí el todo se reduce a nada.

12
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
QUARTZ

Hoy después de pasar el día removiendo la antigua pintura de las paredes, me he puesto a escarbar en el diario otra vez y creo que no he encontrado lo que yo he esperado.

14 de agosto de 1980

Definitivamente parece que el invierno que se aproxima, será duro. Las horas pasan al igual que los días y a medida que pasa el tiempo, el dolor se vuelve más intenso, las lágrimas más difíciles de aguantar y cada vez me cuesta más fingir estar bien.

No he podido creer, como después de haber encontrado la luz, tenga que vivir en tan inmensa oscuridad.

¿Qué hago si lo único que hay en mi es dolor?

Quisiera traducir lo que siento a través de esta carta, pero no hay huella que despliegue mi alma, ante estos vulgares sentimientos.

Gabriel me ha dicho que intente no pensar en esto, creo que día a día va desestimando el cómo me siento, acostumbrándose a mis recurrentes aflicciones, pareciera que ya se dio por vencido conmigo y mi actitud. Creo que las paredes comienzan a abrirse y veo en las grietas las manchas de su indiferencia.

Termino de leerlo y veo de nuevo esa mancha gris. Mi madre había empezado a sentirse abandonada, aun cuando tenía a su alrededor a muchas personas que la sostenían. Y no es que no se diera cuenta de eso, sino que sentía que nadie la comprendía. Por más que un alma se esfuerce, en explicarle a otra alma el cómo se siente, no lo lograría, así le explicase palabra por palabra. Son demasiadas emociones, demasiados sentimientos.

Sigo escudriñando entre las capas acumuladas de pintura de la pared, intento removerlas, pero conforme me voy acercando a las más antiguas, se vuelve aún más difícil de redimir. A ratos, cuando siento cansarme voy a la cocina y tomo un refrigerio, al tiempo que me pongo al leer una parte del diario.

30 de septiembre de 1980

Es el mismo día de hace justamente 20 años. Han pasado esa cantidad de años desde que mi madre escribió estas líneas.

Llevo noches pariendo y abortando letras que no son más, que erratas amargas. Por eso cada vez escribo menos. El resplandor de mi vida poco a poco se apaga y he jubilado las letras de mi joven memoria, alimentando las palabras de un ave sin alas. Oprimo entonces el lápiz contra este papel, deseando atiborrar la urbe de mi desolada juventud perdida. Que la vida va en serio lo comienzo a comprender, ha pasado el tiempo y envejecer o morir, es el único argumento de la mía.

Sigo leyendo fragmentos y frases en el diario de mi madre, pero nada cambia, la narración permanece, como si fuese un estilo narrativo perpetuo, de la que fuera la novela de su vida.

Busco palabras que no encuentro, dentro de las paredes de mi vida.

Descifro mi dolor con letras que nadie lee. La poesía es mi compañera de noches inciertas, noches que resuenan ante la pena de mi alma, que carcome las angustias y las voces quebradas de versos que no llegan. Mis manos que no logran escribir, se quiebran ante el temblor de la desesperanza y la enfermedad, porque un dolor así no se quita con ningún remedio, un dolor así se sufre con la mayor de las agonías, sin pastillas, ni recebo que magulle las heridas.

Y continua páginas y páginas llenas de melancolía, misma que va acortando la brecha entre la luz y la oscuridad, entre el bien y el mal o incluso entre la vida y la muerte.

Esta tristeza desolada es una característica de mi propio exilio, quiero gritar sobre cualquier montaña, llorar hasta quedarme dormida para nunca más despertar, no quiero despertarme de nuevo con el alma vacía, llena de telarañas y pesares inciertos.

Doy vuelta a la página y me doy cuenta que el texto termina

abruptamente, fechando el diario el día 21 de octubre de 1980.

Es la última página escrita en el diario. Pero las paginas en blanco continúan. Entonces sé que no es la falta de hojas en blanco, o la escasez de tinta la que ha puesto punto final a esta página.

En este momento siento que debo ser fiel a mi sufrimiento, tal vez pienses que soy una joven prematuramente rebelde, fraccionada e inmadura. Pero quiero que sepas, que busqué en todos estos años la forma de cambiar y no la encontré.

Siento que estoy preparada para despedirme de ti y de las niñas. Espero que no les sea imposible continuar, como si tratara de aplacar la realidad que habita en su mundo. Se que todo estará bien, aunque esa ha sido siempre tu respuesta cuando oyes, que quiero ponerle fin a mi vida.

Espero soporten mi ausencia que habrá de continuar, y aunque muerta me encuentres algún día, el amor no morirá jamás.

Ahora lloro ahogadamente, porque sé que esta es la última página que escribo.

Termino de leer ese párrafo y dejo exhalar un suspiro prolongado. Miro un punto fijo en la pared, la mancha más pequeña en la franja de color. Somos un punto en el universo intentando descifrar nuestra existencia. Pero nuestra existencia se ve reducida a nada.

Quisiera que mi historia fuera como la literatura, que dura para siempre y no te deja en la mitad del camino desnudo, creyendo que la vida puede ser mejor.

Convendría mejor el guardar las penas, reanudando en una obra literaria nuestra historia. Clasificando para cortar y volver a unir, solo aquellos fragmentos de nuestra existencia que nos recuerde que fuimos felices.

La eternidad serena caminará conmigo y mi alma resonará con cada ola del mar adentro.

El escenario ahora es tu espera, y la obra aún no tiene punto final.

Te dejo, sin dejarte.

Termino de leerlo y estoy más abrumada que cuando lo empecé, pues me parece más una nota de despedida. Una nota escrita pocos días antes de su muerte, en la que se desprende de la vida a través de las palabras escritas, al interior del diario.

Mi mente ahora divaga en la posibilidad de un suicidio, cosa que nunca me hubiera cuestionado, si no fuese porque he leído estas líneas llenas de sangre y amarga bilis.

Ahora las percepciones que tengo sobre mi madre han cambiado y solo deseo saber la verdad. Esa duda que hoy me genera incertidumbre inexplicable, sabiendo que probablemente lo que entendía de ella, siempre fue falsedad y mentira.

Cojo el auto y me dirijo a la casa de mi madre. Mientras tanto voy pensando; si hablaran aquellas viejas paredes, si tan solo aquel cemento endurecido que todo lo ha visto, me contara la verdad.

Mis recuerdos se han derrumbado, los colores se han apagado y las ventanas opacado la luz. Hay tristeza en cada habitación, ecos del pasado. Cortinas roídas, cuartos vacíos, olor a olvido. Ahora cuando vuelvo de nuevo a la casa de mi madre, me parece una triste casa vieja.

Somos memoria, pero la memoria cambia.

Toco a la puerta con efusividad.

-Pensé que volverías hasta las- responde Mafalda sin terminar su oración.

-Pensé que eras- me responde ella, pero entro a la casa sin dejar que me explique. Busco a mi padre para que me dé una explicación convincente sobre el silencio, que ha permutado a través de todos estos años.

Doy una vuelta por aquel pasaje, pero en lugar de encontrarme con el universo familiar, me encuentro con el rostro desfigurado del intimo universo, que se ha desvanecido y ahora me parece tan extraño.

Sin encender la luz, lo primero que noto, es que las paredes están pintadas con colores llamativos. Hay una mesa de ping pong y sacos de boxeo en la sala. Libros metidos en cajas que habrán de enviarse a la basura y un televisor colocado en la

pared frente a los sillones. En un rincón yace el piano aislado del resto de la casa, oculto ahora, tras una maceta con una planta artificial.

Todas las ventanas de las habitaciones tienen las cortinas echadas, al igual que las alfombras.

Hace menos de una semana que me he marchado de aquí, pero ese tiempo ha bastado para transformar este sitio en un burdel.

Estoy realmente furiosa.

-Todo estaba muy gris aquí dentro y le propuse a tu padre el hacer un pequeño cambio- me responde Mafalda inexpresiva. Sabía que era una mujer ordinaria, pero en cuestión de días ha convertido la particularidad

de este sitio, en un lugar demasiado vulgar.

- ¿Dónde está él? - le pregunto expectante. Intento no parecer molesta y ocultar lo desagradable que me provoca el ver de nuevo esta casa, quisiera hacérselo saber, pero ahora todos mis pensamientos están concentrados, en el aparente suicidio de mi madre.

-Salió a correr por la mañana, llego y se acostó en la recámara, se acaba de levantar y fue a la tienda- me responde Mafalda gesticulando cada palabra que emana de su boca.

-Míralo ahí viene- me dice apuntando a la puerta principal, al tiempo que veo a mi padre caminar lentamente hasta la sala de estar.

Capítulo 12

CAPÍTULO XII. SALA DE ESTAR

Mi padre se tumba, dejándose caer en uno de los amplios sillones de cuero. Los grandes ventanales de cuatro metros de altura, desde el suelo y hasta el techo, dejan brillar la luz del sol en toda la sala. Siento un calor sofocante.

-Quisiera hablar a solas contigo- le digo a mi padre, e inmediatamente le echa los ojos a Mafalda, quien abre algunos de los cristales de la parte superior de las ventanas, dejando entrar un poco más de aire.

-Cuéntame todo sobre la muerte de mi madre- le pregunto inmediatamente, alzando la voz, una vez que me percato de Mafalda, ha salido de la casa por la puerta principal.

Observo a mi padre tragar saliva y arquear sus ojos, arrugando la frente, una expresión que he visto muy pocas veces en él. La ansiedad ha vuelto a apoderase de si, algo que no ha sucedido en mucho tiempo.

- ¿Quién te lo dijo? - me pregunta.

-Eso no importa, ahora ya lo sé- le respondo, evitando comentarle lo del diario, suponiendo que lo sé por boca de alguien que me lo ha contado.

Un silencio prolongado en la sala, me advierte que lo que voy a escuchar, tal vez desee no escucharlo. Siento que me llevó toda una vida prepárame para este momento.

- Su felicidad fue momentánea, pero su depresión era diaria - exclama mi padre.

-Rebecca se negaba a bajar de su habitación, permanecía oculta en su recamara como un animal enfermo- prosigue diciendo tranquilamente, - en todo momento temía por su seguridad. Nunca la dejaba a solas por las noches y las noches eran largas- continua entre pausas, y comienza a contarme todo lo que va llegando a su memoria a través de sus nítidos recuerdos. -Pasaba mucho tiempo durmiendo, ese rato era su amigo dispuesto a olvidar. Entretanto, yo la vigilaba y esperaba. La acompañaba en silencio a cada recoveco de la casa. Naturalmente con frecuencia, pasábamos horas de vigilia sentados en alguna habitación, hablando juntos o al menos intentándolo en silencio. Nos veíamos sin vernos realmente, nos hablábamos, pero cada quien escuchaba la voz que estaba dentro suyo - expone mi padre y después de una pausa, retoma el rumbo

-Así coexistíamos en una especia de tolerancia mutua, misteriosa y sosegada. Cuando salíamos, Rebecca repetía que quería volver a casa, pero aceptaba mis firmes negativas y le daba ánimos. Cuando intentaba recordarle viejos tiempos, no me dejaba sin respuesta. Por momentos creí que el tratamiento basado en el amor y la compasión hacia ella, iba progresando- observo que mi padre habla sin mirarme a los ojos, evita mostrarse vulnerable ante su hija.

-Pero entonces ella me dijo que quería dejar de causarme problemas, pues solo representaba una carga para mí. Pensé que solo era una de las tantas oraciones que me recitaba a diario. No puse atención a aquella advertencia, incluso me llegué a cuestionar si no me había acostumbrado a sus declamaciones, pues les había restado importancia, minimicé sus oraciones. Sin embargo, me consta que luche al lado de ella hasta el último instante, haciendo todo lo que estuvo en mis manos para sacarla de su enfermedad- prosigue.

-Lo último que me dijo fue, que no podría soportar otra vez el invierno, pues la sumían en una depresión muy superior a la habitual. Después recitó aquel poema, mismo que me aprendí de memoria, pues fue el último que ella escribió- mi padre comienza a recitar el poema sin que se lo solicite:

- Los días gélidos, impulsados por noches oscuras,

derivan en un sombrío cielo sin estrellas.

El viento oscila errante, en el silencio de las profundas sombras,

coronas de flores adornan mi vida, en la soledad de un mundo extranjero.

Mi campo evade la ausencia del otoño,

pero solo encuentro un invierno eterno,

noches perpetuas, dolor y lágrimas-.

Termina de declamar sus palabras y noto su semblante cambiar, una profunda tristeza se dibuja en su rostro. Entonces comienza a relatar aquel suceso lacerante en él.

-Corría un aire fresco del exterior y estábamos bastante abrigados. Yo no me di cuenta que no estaba a mi lado, hasta que la neblina del amanecer me despertó. No se oía más que el crujido del viento estrellar los brazos del roble, en el cristal de la ventana de nuestra habitación. Rebecca solía despertar envuelta en su pijama y no se cambiaba hasta después del desayuno. Pero su ropa de dormir estaba doblada encima de la mesita de noche. Me quedé despierto un rato, tan solo mirando al techo. Luego me arrastré hasta la puerta, salí de la recamara, para bajar hasta la cocina en donde, supuse, estaba tu madre preparándose un café. Pero ella no estaba. Llamó mi atención que la puerta del patio estaba entreabierta. Las llaves aún estaban puestas en el cerradero y pensé que Rebecca había salido a tomar aire. Mire afuera al cielo, pero todo estaba cubierto por una espesa niebla. Le grité por su nombre, pero no hubo respuesta, mis gritos se perdían inútiles y grandes. Le grité, parado junto a la puerta, divagando en las posibilidades de su desaparición espontanea-. Mientras escucho lo que mi padre me narra, voy imaginando la serie de eventos acontecidos ese día.

-El día se volvió más claro conforme la brisa se disipaba. A pesar del frio, tome fuerzas para salir a la orilla, junto al mar. No se oía nada, era un silencio perfecto, como si el mundo entero durmiera a esas horas. Entonces vi huellas en la arena, que parecían arrastrar un objeto hacia el agua. Lo seguí hasta el cobertizo y una vez dentro, noté que faltaba uno de los botes y dos de los remos. En ese momento quedé paralizado por el pánico. El mar entonces se revolvió en torno a la costa y oí un ruido parecido al respirar de una bestia gigantesca, pues el océano pocas veces permanecía en silencio y las olas formaban valles cada vez más altos. Olas que solo podían ser provocadas por un navío a la distancia. ¿Rebeca me oyes? vociferé con fuerza. Sin esperar un segundo más, tome el ultimo bote que quedaba y lo lleve a la superficie del agua. Eché los remos y

comencé a tirar de ellos. - ¿Me oyes?- gritaba sin dejar de remar, sin aminorar la marcha, sin ceder ante el creciente cansancio o la falta de aliento. El bote siguió avanzando mar adentro, alzándose en medio de la niebla incesante sobre el agua en calma. Me detuve esperando escuchar algo y miré fijamente hacia adelante, pero solo estaba la existencia de ese mar insaciable de negrura abismal-.

Mi padre comienza a llorar y corro hacia él. Paso mis brazos alrededor de su cuello, abrazándolo al tiempo que solloza. Es la primera vez que veo

una lagrima derramarse sobre su rostro.

-Debo volver al mar, me dije una vez había regresado a la costa y la gris neblina, comenzaba a clarear el horizonte con el alba. Entonces pedí un velero para timonear hacia ella, pero solo estaba el solitario mar e infinito cielo. Y le llamé al viento por su nombre, en medio de reclamos; pero solo obtuve respuesta en las gaviotas que volaban graznando. Errante volví muchas veces en su búsqueda, al camino de las gaviotas y las ballenas, mar adentro, donde el viento es un cuchillo cortante. Pasé días enteros mirando en altamar, pensando en que habría de regresar; hasta que meses después, encontraron la barca cabeceando cerca de una de las ásperas playas vecinas. Pero la barca estaba vacía-. Mi padre se limpia sus ojos humedecidos por el llanto.

-Ese día comprendí que solo me quedaba soñar con su regreso, dejarla ir y vivir una vida aparte. Decidí que ustedes crecerían alejadas de la costa, sin volver a la casa, sin volver a la playa y sin volver al mar-. Me explica.

- ¿Qué hay en la tumba de mi madre? - le pregunto, una vez que mi padre ha terminado de contarme todo lo que sabe y la casa vuelve a ser envuelta por el silencio.

-Una fría y vacía caja sin nada dentro- me responde, y sondeo en mi memoria, trasladándome al día en que la enterraron. Comprendiendo ahora, por qué no nos dejaron ver sus restos, o porque en el cementerio, la lápida no tiene inscrita la fecha de su muerte, pues hasta el día de hoy no la sabemos.

Seguimos hablando de aquellos días, que recordarlos, es igual a rascar en una herida.

-Pero, aun así, ella mantenía nuestro hogar muy bello e intachable- le afirmo, después de echar una mirada a la estancia y asimilar que la casa es otra.

-Para mí era más parecido a un palacio de hielo- me responde.

Después de escuchar todo esto, la percepción que tengo sobre mi madre ha cambiado.

Somos como escultores tallando en los demás, imágenes que deseamos que fuesen reales, pero al final, un desengaño, al saber que nuestra percepción no se ajusta a ellos.

Sin embargo, he supuesto que no importa lo que sepa sobre mi madre, yo la recordaré con amor y decoro, como la casa que nos heredó o las costumbres que implantó. Porque yo no veía en ella otra cosa que no fuera amor, y si en su experiencia, ella nunca nos expresó lo mal que se sentía por dentro, fue por temor a herirnos a través de sus heridas.

Capítulo 13

CAPÍTULO XIII. RECOVECOS

-Mi padre quería saber si asistirás a la boda- le digo a Raquel que camina a mi derecha.

- ¿Acaso mi asistencia importa? - me pregunta.

-No, no importa, se casará de igual forma; pero quiere saber si al menos irás a la ceremonia- le pregunto a Raquel, que por momentos me deja atrás, caminando a sus espaldas.

-No iré- me responde negando con la cabeza.

-Sabes que tú eres la hija predilecta de mi padre- le contesto, esforzándome en que desista de la opción de no asistir.

Raquel permanece muda, sé que no quiere hablar del tema, pero es necesario, pues no puedo permitir que ella no esté, en una fecha tan importante para mi padre.

-Creo- le digo rompiendo el silencio prolongado, -que mi madre quería que mi padre fuera feliz, sin importar quien fuera esa mujer que habría de sustituir su lugar de esposa- continúo explicándole, pensando cada palabra que han de proferir mis labios, - y mi padre quiere que seamos felices nosotras, dejando claro que nadie busca sustituir el papel de mi madre, pues sus hijas ya son mujeres adultas- le aclaro. Trato de hacerla entrar en razón.

-Cuando te casaste con Melchor, nuestro padre fue el único que no puso objeción alguna, pues quería que fueras feliz, pero ahora nosotros le negamos esa oportunidad a él, ¿es un poco egoísta de tu parte no crees? - le pregunto, en un intento por persuadirla.

- ¿Entiendo que quiera casarse, pero hacerlo en la casa de mi madre? ¿Acaso soy la única persona a la que le parece un insulto? - me pregunta Raquel ofuscada.

-Es curioso- le replico, - llamarla la casa de mi madre después de veinte años que falleció. Comprendo que su recuerdo, siempre habitará en esa casa que fue suya, pero todo este tiempo no ha sido ella la que la ha limpiado, o dormido en sus camas o pintado sus paredes. Tenemos que aceptar que esa casa ya no nos pertenece- finalizo, al tiempo que me despido de ella.

Entro apresuradamente a mi casa y me dirijo corriendo a la recamara de Ana Carmina. Ella duerme tranquilamente en su cama, cubierta en su manta.

Siento mucho sosiego al ver a mi hija. El mismo sosiego que ella siente cuando por las noches, me llama temblando de miedo, deseando dormir junto a mí. Así es como alivia su miedo. Supongo que, una de las peores cosas al crecer y ser adulto, es sentir que nadie es lo bastante grande o demasiado fuerte para levantarlo, sostenerlo en sus brazos y hacer que se sienta seguro.

Veo mucho de mi hija en mí, cosa que por momentos me llena de alegría, pero también de inquietud. No deseo que ella experimente, ese sentimiento de melancolía al igual que yo, o mi madre, y aunque sé que la genética es un lastre para ella, espero que podamos algún día superar esto juntas. Pues sé que ella no podría vivir sin mí, de la misma forma en que yo, no he sabido vivir sin mi madre.

Es verdad, debemos desprendernos de esa perpetua melancolía, que nos ata a viejos anhelos y recuerdos nostálgicos. Más sé, que el diario me ha dado la oportunidad de conocer muchas cosas, cosas que a mi madre le hubiese gustado compartir conmigo y me han relacionado a ella de una forma u otra.

Me he propuesto no volver a leer el diario. He llegado a considerar que es demasiado íntimo, privado y sincero. Siempre es un error leer un diario ajeno. Rescato el considerar que el leerlo me ha brindado la oportunidad de resucitar el vigor que mi madre nunca pudo encontrar.

Si ella viviera no me dejaría escapar de este mundo como lo hizo. Tal vez me diría, sigue adelante con tus planes, pase lo que pase todo se solucionará, yo me aseguraré de que así sea. Es lo que yo me digo en su lugar.

Prefiero pensar en otro futuro, aplazando el futuro real. Ahora al mirar atrás, creo saber de qué futuro se trata. Quizá pueda decir que en aquel momento no fui testigo, de cómo ella afrontaba la muerte, viendo como la

vida la arrastraba más allá de sus límites. Yo mismo he sentido ese temor, pero me aferro a la vida y la posibilidad que pueda brindarme la esperanza. Quizá temo algo más tangible ahora, al conocer más a fondo nuestra enfermedad.

Respecto a mí, hay recovecos que desconozco y recovecos a los que no quiero llegar. No puedo contarlo todo, no quiero contarlo todo. Mi casa tiene muchas habitaciones, pero intento abrir solo una ventana, mostrar solo una porción de nuestra vida, no la vida en su totalidad.

Al leer el diario de mi madre y sus apasionadas cartas, se me ocurrió una cosa muy de notar. El coincidir en la escritura. Una unión que hace que algo duro, se eclipse con algo más transigente.

Son los sentimientos o habilidades que heredamos, los que nos hacen más humanos. Y no es que esas formas sean buenas o malas. Sino simplemente características genéticas, relativas a nuestro carácter o forma de ser.

Me siento en la terraza de mi alcohoba a observar el transcurso de la tarde hacia la noche. Veo encenderse las luces interiores de las residencias. Una brisa suave me acaricia el rostro. Este el mundo, me digo a mi misma, este el mundo y es un lugar maravilloso.

Capítulo 14

CAPÍTULO XIV. MAR ADENTRO

Uno siempre responde con su vida a las preguntas más importantes, ¿quién soy?, ¿qué quiero?, ¿qué se o que ignoro?, pero al final la vida se resume en solo tres respuestas, ¿qué he logrado?, ¿qué dejo? Y ¿qué me llevo?, a veces son respuestas vacías las que responden a esas interrogantes, las palabras que no dijimos, la mano que no dimos, las promesas sin cumplir.

De dónde venimos no significa nada, pero a donde vamos y el atajo que tomamos para llegar, es lo que nos dice que somos.

Creo que se le puede arrebatar al ser humano todas las libertades menos una, la elección de elegir la actitud que toma frente a su destino. Creo también, que no hay mayor valentía que, aun sabiendo que la batalla está perdida, lo intenta y lucha hasta el fin.

Todos nacemos felices, pero con el transcurso del tiempo se mancha la vida. Y es en las grandes crisis que el corazón se perfecciona. Todos entre las ruinas, preparamos un renacer.

Aquí, sobre las olas del mar, está el recuerdo de tantas lágrimas derramadas. Navegando días y años, en la soledad del mar.

Ese mar que siempre fue parte de la casa y no nuestra casa una parte en él.

Ahora pienso en aquel día de un modo distinto, cuando navegabas mar adentro y las olas sacudían la barca. Donde el agua salada salpicaba tu rostro, donde los únicos testigos eran las estrellas. Imagino que te paraste a la orilla del océano y abriste tus brazos para dejar que el viento, te llevara a un lugar donde el sentir, ya no fuese abrumadoramente difícil.

Pienso que naufragaste y llegaste a una isla extranjera donde habitas ahora. Tu corazón navegará por senderos remotos, en un viaje aventurado en el lecho del mar, cerca de las llanuras submarinas donde habita tu alma.

Sigue adelante madre.

Estoy preparada para despedirme de ti ahora.

Hoy para mí la vida es otra, más allá a lo lejos, dentro de mi o fuera de mí. Hay aire y sol, no hay nubes negras. Allá arriba un cielo azul y detrás de él tal vez haya canciones; tal vez mejores voces.

En resumen, hay esperanza.

También me obligare a nunca olvidarte.

Mientras tu existas madre. Mientras mi mirada te busque, seguiré como ahora. Bajo un amor que crece y nunca muere.

Ven, salgamos afuera. La noche queda espacio arriba, más arriba; mucho más que las luces que iluminan el cielo.

Queda el silencio entre nosotros, el silencio y este abrazo eterno. Fin.